

IV  
UNIVERSO



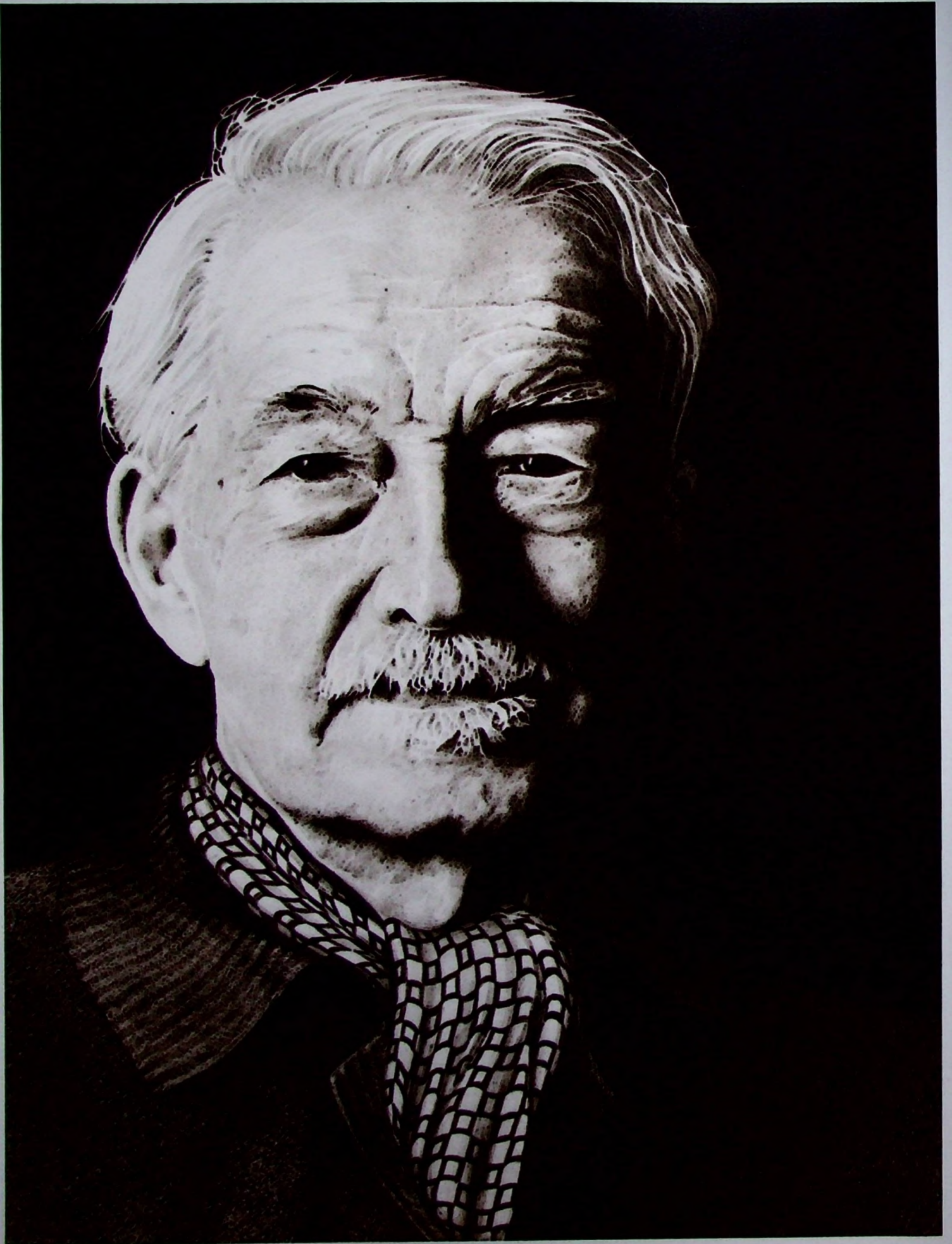




26

**JACQUES MARITAIN**







*No hay duda de que uno de los pensadores que más influyó en mantener la fe en la democracia en los años de crisis que antecedieron y acompañaron a la Segunda Guerra Mundial, y que han inspirado mejores pensamientos en torno a la Democracia Cristiana, ha sido el gran filósofo católico Jacques Maritain, nacido en París el 18 de noviembre de 1882 y fallecido el 28 de abril de 1973 en Toulouse, en la Fraternidad de los Pequeños Hermanos de Jesús. Influido por León Bloy, luego de intensa búsqueda de rumbo espiritual, se convirtió al catolicismo en 1906, en unión de su esposa Raïsa, quien dejó en su libro *Les grandes amitiés un hermoso relato de su conversión. Desde entonces, y por más de medio siglo, Maritain no cesó de escribir y enseñar, revalorizando la filosofía tomista y aportando nuevas luces sobre muchos interrogantes del mundo contemporáneo. Las líneas que siguen constituyen un testimonio publicado en número especial de "The New Scholasticism" (invierno de 1972), para conmemorar los noventa años de su nacimiento.**

**P**ocas cosas pueden ser más gratas al espíritu que volver la atención hacia un hombre como Jacques Maritain. Su vida ejemplar es fuente de permanente inspiración para perseverar en la lucha por elevados ideales y su pensamiento se ofrece como una coherente elaboración doctrinal, que ha servido y sirve hoy día con singular actualidad como marco de referencia para una política democrática de fundamento cristiano.

Maritain ejerció para toda una generación de latinoamericanos un magisterio de influencia extraordinaria. Las postrimerías del siglo XIX ya denunciaban el surgimiento de un nuevo espíritu dentro de la Iglesia Católica. El mensaje social del Papa León XIII había sacudido las mejores voluntades de la cristiandad y había iniciado el *aggiornamento* de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Ese movimiento encontró en Jacques Maritain, en el siglo XX, un decidido impulsor que, dentro de una inspiración tomista, logró dar respuestas enérgicas y orientadoras a las cuestiones más modernas de un mundo convulsionado.

Para comprender bien lo que representó Maritain ante la juventud del siglo XX es imprescindible colocarse dentro de la confusión ideológica y de la opresión fáctica que se operó en el mundo en la tercera y cuarta décadas del presente siglo. El ocaso de la democracia liberal, cuyas deficiencias opacaban sus innegables realizaciones en la existencia humana, parecía señalar el término de la democracia misma. En lo político, más que la evaluación de la libertad individual, de las garantías constitucionales, del derecho a la expresión del pensamiento y al ejercicio del sufragio, se señalaba la teorización excesiva, la fobia implacable interpartidista, la artificiosidad numérica de la regla de la mitad más uno y la inadecuación de los mecanismos formales a las nuevas realidades que emergían en la sociedad industrial. En lo económico, por sobre lo prodigioso de los inventos, el brillo de las grandes obras, la maravilla de las comunicaciones (inalámbricas, ferroviarias, marítimas y aéreas), se hacía sentir la miseria y el atraso de grandes colectividades humanas, el régimen esclavista que mantenía la explotación sistemática de pueblos por pueblos y de sectores sociales por sectores sociales, y las crisis



con su pavorosa recurrencia, que venían a inundar en etapas de pretendida superproducción la realidad de un mercado injustamente desequilibrado e insuficientemente atendido para llenar las necesidades de los hombres. Pero, sobre todo, en lo social: en lo social, donde se hacía cada vez más patente la opresión como resultado de la libertad, la miseria como compañera de la opulencia, el odio con sus mil cabezas, apareciendo en todas partes en vez de la suspirada fraternidad.

Para embrujar la juventud, inundaban a Europa dos atrayentes espejismos. El espejismo comunista, encendido a través de su férreo dogmatismo, vibrante en su mensaje de destrucción de una civilización decadente, de arrasamiento de un orden social injusto, de destrucción de estratos sociales y de países privilegiados aferrados al mantenimiento de un estado de cosas cada día más carente de prestigio. Y el espejismo fascista, dirigido a atraer a los sectores juveniles que frente al comunismo mantenían una posición intransigente, a los que repudiaban la interpretación materialista de la historia, a los que no aceptaban considerar la religión como el opio del pueblo, a encender entusiasmo en los que se sentían movidos por un nacionalismo irreductible, cuyos valores se oponían a los que se suponían destinados a borrar las fronteras y a negar la patria al compás de lo internacional. Las ceremonias brillantes del fascismo, los uniformes transmitiendo una sensación de multiplicación y disciplina, las grandes realizaciones materiales en países que poco antes aparecían destruidos, la desafiante voz con que los vencidos de ayer denunciaban los tratados de paz impresionaban a muchos, sin que advirtieran en su venenosa propaganda la destrucción de la persona, la iniquidad de los odios raciales, el menosprecio a las grandes conquistas de los derechos ciudadanos, la imposición brutal e inescrupulosa de la fuerza y la tendencia incontrolable hacia la guerra, el frenesí y la destrucción.

Frente a una juventud atormentada por la dilematización entre el comunismo y el fascismo, aprisionada entre dos polos cuyo magnetismo crecía con el poder y se propagaba por una literatura llena de seducción y arrastre, el pensamiento cristiano buscaba hacia su fuente pura, encontraba en los documentos pontificios una orientación luminosa para las soluciones sociales, pero tenía que remontarse muy atrás en la búsqueda de principios ya olvidados y menospreciados, para encontrar un pensamiento político capaz de enfrentarse con éxito a los doctrinarios radicales de la izquierda y de la derecha. Fue entonces cuando Maritain, con su figura ascética, con su palabra suave, con su corazón hecho de amor para los hombres y realizado en una unión conyugal que fue símbolo de solidaridad entre las razas y de cooperación



en los más altos niveles del espíritu, recio en su adhesión a los principios, profundo en el buceo de los manantiales más claros y fecundos para la interpretación del hombre, de la historia y del cosmos, empezó a llenar con noble contenido las inquietudes de las nuevas generaciones, a borrar sus dudas con la diafanidad de su razonamiento y a colmar de esperanzas a quienes consideraban a la persona humana creada para un destino superior y necesitaban un bagaje moderno y eficaz para combatir los extremismos ideológicos; extremismos cuya finalidad, al fin y al cabo, era la de reducir al ser humano a una pieza de maquinarias descomunales, destruir la dignidad de la persona y arrancarle el impulso a lo alto que el cristianismo le imprimió como razón primordial de su existencia.

Conocí a Maritain por vez primera, durante la segunda guerra mundial, un día del verano de 1942. La tragedia de Europa le había aventado a buscar asilo en este hemisferio, donde encontró hogar como el que le ofreció la Universidad de Princeton. Lo mismo había ocurrido a otros muchos, entre ellos Sturzo, a quien no pude ver entonces porque se hallaba más lejos todavía. Maritain asistió a una de las reuniones que en una gira por distintas ciudades norteamericanas promovió la Conferencia Católica de Bienestar Social para realizar un Seminario sobre la paz social en las Américas. Para la juventud venezolana Maritain era, prácticamente, un desconocido.

Yo era apenas un joven Diputado, antiguo luchador estudiantil, invitado para reunirme con un grupo de hombres de mucho más edad, representación y formación que las mías. Mi contacto con el filósofo fue apenas pasajero. El era de los principales firmantes de un manifiesto en que cristianos europeos ratificaban su fe en la democracia. Y las palabras que de él escuché no fueron otra cosa que la ratificación de ese principio: aquella impresionante fe en la democracia, arraigada en la más profunda filosofía; democracia cuyo contenido no se agota en los mecanismos formales, sino que arranca de la dignidad de la persona humana y hace del pueblo una entidad orgánica, verdadero sujeto de su destino.

En plena crisis, el mensaje de Maritain fue una luz encendida entre las sombras.

Maritain representa, en primer lugar, una actitud optimista frente a la sociedad temporal y a las cosas de la ciudad terrena. El creyó en lo que se ha venido denominando dentro del pensamiento social cristiano la perfectibilidad de la sociedad civil. Por eso, su planteamiento filosófico aparece siempre animado por un impulso profundo hacia la transformación del hombre y del mundo, y expresa en frecuentes ocasiones su confianza en las



posibilidades de progreso de la humanidad, su deseo de participar y comulgar con las cosas de su tiempo y su apasionada defensa por la libertad humana a la que llama "la excelsa prerrogativa de un espíritu hecho a imagen de Dios".

Maritain constituye, por otro lado, un pensador coherente que marcó caminos claros y definidos en medio de profundas nieblas. En momentos en que los pueblos se rendían a las seducciones totalitarias, él supo encontrar en la enseñanza evangélica y en la sabiduría tomista el fundamento para ofrecer una filosofía viviente no reducida al plano de lo puramente especulativo sino dirigida al terreno de la praxis, al señalamiento de caminos para la construcción de un orden temporal nuevo y distinto.

Sus libros *Humanismo Integral*, *Del Régimen Temporal y de la Libertad*, *La Persona y el Bien Común*, *Los Derechos del Hombre y la Ley Natural*, *Cristianismo y Democracia*, *Principios de una Política Humanista*, *El Hombre y el Estado* y tantos otros, especialmente sus elaboraciones con motivo de la lucha antifascista, en defensa de la libertad y de la democracia, fueron leídos con avidez y en ellos se encontró bases sólidas sobre las cuales hacer descansar en el plano de los principios las responsabilidades concretas contraídas en el terreno de la acción.

De allí el reconocimiento a Maritain por parte de quienes luchamos en el terreno político con una fundamentación ideológica cercana a la suya, por haber sido gran defensor de la democracia como fórmula política al presentarla vivificada por los principios impercederos de la filosofía cristiana. Aquella democracia que, en su opinión, reclama como base espiritual el Derecho para construir una comunidad de hombres libres, exige la realización de su sentido moral para sobrevivir, y busca realizar, no la era de las masas sino la de los pueblos y los hombres. Su lucha tuvo mayor mérito por cuanto la libró en momentos en que las nuevas generaciones europeas se dejaban tentar por las ideas autoritarias. La influencia de pensadores como Nietzsche y Sorel y los éxitos del fascismo y del comunismo como elaboraciones políticas concretas, parecían sentenciar la desaparición definitiva de la democracia. Dentro del propio campo del pensamiento católico, muchos fueron los que consideraron al fascismo —no sólo en Europa, sino hasta en nuestro propio continente— como la única barrera capaz de detener el avance del comunismo ateo.

Al asumir en esa coyuntura la defensa vigorosa de una auténtica democracia, inspirada por los valores evangélicos y capaz de constituirse en alternativa válida frente a todos los totalita-



rismos, Maritain proyectó su figura a niveles de altura excepcional. Se constituyó en maestro de una pléyade de discípulos. Por ello, cuando en el mes de abril de 1947 grupos de intelectuales y hombres de acción se reunieron en Montevideo para poner en marcha un movimiento demócrata-cristiano en escala continental latinoamericana, los principios enseñados por el maestro Maritain, y particularmente aquellos contenidos en su obra *Humanismo Integral*, fueron adoptados como fuente fecunda y segura de orientación.

Junto con la defensa militante de la democracia y de la libertad frente al autoritarismo, Maritain expuso valientemente sus ideas en relación al cambio de las estructuras económicas, políticas y sociales tradicionales, para crear un nuevo orden basado en la justicia. El mensaje de los Papas, que desde la *Rerum Novarum* de León XIII había venido abriendo paso a una vigorosa corriente social-cristiana, alcanzó una particular resonancia cuando un filósofo laico como Maritain la hizo centro de su atención y de su acción divulgadora. Como era de esperarse, la enseñanza social y la adopción de actitudes francamente revolucionarias frente al "orden establecido" suscitó reservas e inquietudes en aquellos medios para los cuales toda reforma social representa una concesión al comunismo y la Iglesia debería siempre aparecer en la primera línea de defensa del "status". Afortunadamente, las enseñanzas de Maritain despertaron muchas conciencias dormidas y alistaron a muchos cristianos en las filas del combate social.

Otra contribución importante de su obra fue su lucha por clarificar la relación entre la política y la ética. Maritain sostuvo la primacía de lo espiritual y la subordinación de la política y la economía a los valores de la moral. Combatió la vieja dicotomía que había prevalecido en las concepciones políticas pragmáticas, según la cual la política es un arte que obedece a normas de conveniencia mientras que la moral es una norma reducida al plano de la conciencia individual en la intimidad de la conducta y no tiene nada que ver con la acción de los hombres en la vida pública. Esa dicotomía no resistió el peso de sus argumentos, que vinieron así a satisfacer un anhelo de depuración de la vida pública que brotaba en el alma de nuestra generación.

Maritain representó, por último, un testimonio de fe en el pueblo. A lo largo de su obra está siempre presente la idea de que ninguna transformación real y verdadera puede realizarse sin la participación plena y responsable del pueblo. El actuar con el pueblo en comunión profunda y rechazar cualquier actitud paternalista fue ardorosamente defendido por él. Para quienes hemos asumido la responsabilidad de la acción política concreta y hemos puesto toda nuestra fe en el pueblo —entendido en la



concepción maritainiana como comunidad humana personal— en su capacidad para encontrar su propio camino y realizar su destino, las enseñanzas del filósofo han sido y son de una extraordinaria significación. Como demócratas, creemos con Maritain que la tragedia de las democracias contemporáneas es que no han “logrado realizar la democracia, es decir, realizar la vieja definición de Abraham Lincoln: el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

Hoy, cuando estamos abocados a la realización de cambios fundamentales en todas las estructuras sociales para buscar la realización de la justicia, sentimos que una de las más peligrosas tentaciones que se ofrecen a voluntades impacientes es la de renunciar a la fe en el pueblo y la de pretender los cambios con prescindencia de la participación activa y plena del pueblo en las decisiones que afectan su destino. Por ello, proclamamos una vez más, con afectuosa admiración, la vigencia del pensamiento maritainiano y su estupenda adecuación a los problemas de nuestro tiempo.

El testimonio constante de la vida de Jacques Maritain, en un siglo con hambre de autenticidad recibió justiciero reconocimiento hace poco, cuando con devoción se ofreció tributo de respeto y cariño al maestro en su nonagésimo aniversario. Allá, en su apacible retiro de Toulouse, en medio de los Hermanitos de Jesús del Padre Foucauld que lo acogieron con cálida veneración, Jacques Maritain siguió ejerciendo hasta la muerte su magisterio, no sólo a través de su obra escrita, sino más aún, con el ejemplo de amor que irradiaba hacia todos los rincones de la tierra.

No temió expresar su pensamiento con transparente sinceridad; no renunció tampoco a la predicación de la paz y solidaridad humana, idea que mantuvo incólume ante la distorsión de las ideas y la agudización de las tensiones. Cuando Su Santidad Pablo VI lo escogió para entregarle el Mensaje a los Intelectuales, en la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II, destacó su primogenitura en la pléyade de pensadores cristianos de renovada visión e inmovible fe.

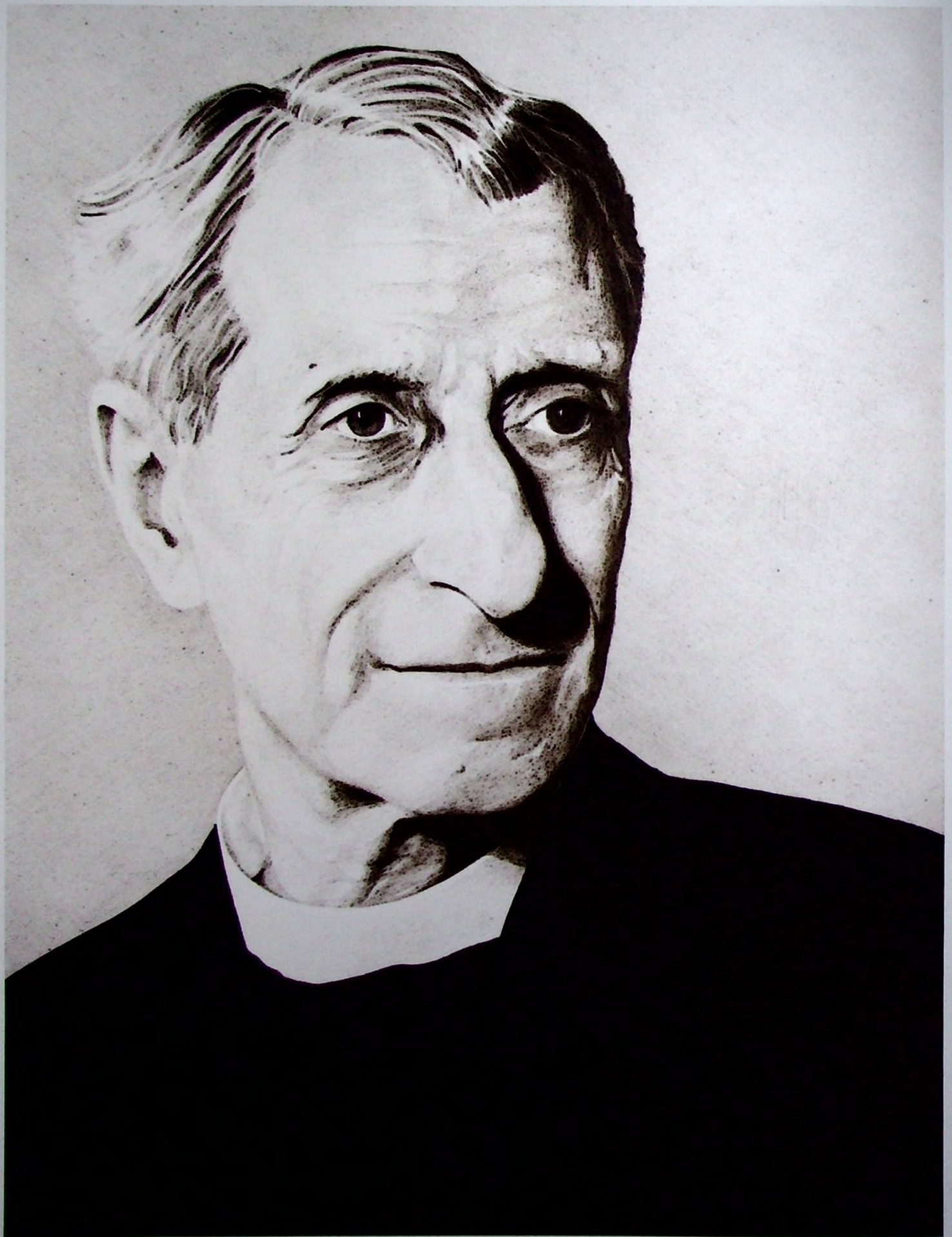
En la ocasión del nonagésimo aniversario de su nacimiento, nos complació manifestarle la convicción de que su enseñanza sigue teniendo admirable presencia, de que su pensamiento alienta y estimula combates actuales y, sobre todo, de que el testimonio que ofreció en su vida sigue siendo fuente luminosa para tener fe en una nueva humanidad.



27

**LUIGI STURZO**







*Luigi Sturzo nació en Caltagirone, Sicilia, Italia, el 27 de noviembre de 1871. Activo propagandista de las ideas sociales de la Iglesia Católica, fue ya en 1900 de los iniciadores de un partido con fines estrictamente democráticos y de gran contenido social. En 1906 se retiró a Caltagirone, donde desarrolló intensa actividad. En Roma, en 1915, fue Secretario de la Acción Católica Italiana y Vice-Presidente de la Asociación de las Comunas Italianas. En 1918 fundó, con otras notables personalidades, el Partido Popular Italiano —que dirigió durante seis años— el cual llenó un gran papel en la vida italiana, hasta que la consolidación del fascismo hizo imposible su continuidad. Exiliado durante veinte años en Europa y Estados Unidos, tuvo la satisfacción de volver a Italia después de la guerra y de ver renacer el antiguo Partido Popular con el nombre de Democracia Cristiana y bajo la experta dirección de Alcide De Gasperi, quien obtuvo la victoria y con ella la responsabilidad de dirigir la reconstrucción de su patria. Senador Vitalicio, Sturzo murió cubierto de honores en 1959. El presente ensayo forma parte de los Escritos de Sociología y Política publicados, en tres volúmenes, en ocasión de su octogésimo cumpleaños.*

Quizá pocos temas hayan sido objeto de más especulaciones dentro del orden práctico, que la influencia de lo político y de lo religioso dentro de lo social. No se trata tan sólo del grado de amplitud atribuido desde los más diversos ángulos al hecho político o al hecho religioso: sino también, y más especialmente, al criterio sobre las relaciones y concatenaciones que deben existir entre uno y otro, y entre cada uno de ellos y el resto de vivencias y manifestaciones que integran la existencia colectiva de un pueblo.

El apoliticismo, por ejemplo, ha sido desde hace largos años y continúa siendo tema de disquisiciones; en el fondo, ellas reflejan particulares tendencias y preocupaciones políticas. Se confunde deliberadamente *la política* —como ejercicio de una actividad específica— con *lo político* —como manifestación de un hecho y de una necesidad social— para dentro de esta confusión afirmar que lo político —y no solamente “la política”— debe estar ausente de la vida económica, de la vida cultural, de las actividades religiosas. Con lo cual sucede que, generalmente, al pregonarse la indiferencia de lo político ante las demás actividades sociales, lo que en verdad se busca es someterlas a una determinada forma política, o mejor, a un interés político concreto.

Más viejo y más intenso todavía ha sido el clamor contra la presencia del hecho religioso. En nombre del “laicismo” se ha pretendido cerrar a las preocupaciones religiosas todas las puertas de la vida humana. “¡Fuera la religión de la economía!” ha sido el grito de quienes en la actividad económica no han querido ver sino ganancias y se descomponen ante el recuerdo de las leyes morales que las limitan. “¡Fuera la religión de la escuela!” ha sido la consigna de quienes aspiran a descristianizar la juventud. “¡Fuera la religión de la política!” ha sido el estribillo de quienes aspiran a manejar el Estado con prescindencia de las normas éticas, como un simple aparato de poder.

Ya se van a cumplir sesenta años del momento en que el Sumo Pontífice León XIII en su carta inmortal sobre la condición de los obreros afirmó que “si remedio ha de tener el mal que ahora padece la sociedad humana, este remedio no puede ser otro que



la restauración de la vida e instituciones cristianas". Diez años más tarde, comentando sus propias enseñanzas ante la negación de algunos que rechazaban lo que llamaban intromisión religiosa en materia económica, afirmaba el mismo Santo Padre en su Encíclica acerca de la Democracia Cristiana que la cuestión social era, no solamente económica, sino "principalmente moral y religiosa y por esto ha de resolverse en conformidad con las leyes de la moral y de la religión". Cuando Su Santidad Pío XI hubo de comentar y ampliar el pensamiento de la Iglesia acerca de la restauración del orden social, estaba todavía viva la objeción, de la cual hubo de ocuparse con palabras de fuerza concluyente: "Es cierto que la economía y la moral, cada cual en su esfera peculiar, tienen principios propios, pero es un error afirmar que el orden económico y el orden moral están tan separados y son tan ajenos entre sí, que aquél no depende para nada de éste. Las leyes llamadas económicas, fundadas en la naturaleza misma de las cosas y en las aptitudes del cuerpo humano y del alma, pueden fijarnos los fines que en este orden económico quedan fuera de la actividad humana y cuáles, por el contrario, pueden conseguirse y con qué medios; y la misma razón natural deduce manifiestamente de la naturaleza individual y social del hombre y de las cosas, cuál es el fin impuesto por Dios al mundo económico" <sup>1</sup>.

Han afirmado, pues, los Papas la necesaria sujeción de la vida económica a las leyes morales, mas no les ha sido fácil vencer la resistencia de quienes preferirían abiertamente que en el *homo oeconomicus* no interfiriera ninguna consideración de orden espiritual. También han afirmado —y buena lucha ha costado el que ello se admita— que el hecho político no está tampoco libre de las normas éticas y religiosas; y a pesar de los alaridos que reclaman "¡teocracia!" cuando se exige el reconocimiento de determinados principios en la vida política, aún resuena la afirmación enérgica que da Su Santidad en carta de 25 de agosto de 1910: "no se edificará la ciudad de modo distinto de como Dios la edificó".



Las anteriores consideraciones son las primeras que asoman a la mente cuando ésta se apresta al estudio de una figura singular: la del hombre que hizo realidad práctica en Europa la siembra de la democracia cristiana; cuyos ochenta años han servido de ocasión para que el mundo entero, y en primer término su amada patria, se dispusiera a rendirle inolvidable homenaje.

Porque don Luigi Sturzo es sociólogo, y no sólo sociólogo, sino apóstol de una reforma social; pero al mismo tiempo, por dispo-



sición clara de la Providencia Divina, ha correspondido a don Sturzo ser sacerdote y político.

¿No hay incongruencia en ello? ¡Cuántos se habrán escandalizado y se escandalizarán todavía de que el humilde sacerdote de Caltagirone haya sido el paladín de la democracia cristiana en Europa! Pero es que la figura de Sturzo, excepcional como es, viene a constituir la afirmación vital de una verdad cuyo sentido emerge del campo de lo normativo y se robustece en el terreno de la ciencia objetiva.

Reconstruyamos idealmente el camino de su vocación y extraigamos de él una de las más provechosas lecciones en el ámbito de la sociología.

Es Luigi Sturzo un sacerdote. Su primer llamado es el apostolado religioso. Lo pide Dios y va a él con un celo ferviente. El testimonio abunda para destacar cómo ha sido intachable y ejemplarizadora su acción sacerdotal. Hoy mismo, inspirador del partido que gobierna su patria, vive en olor de humildad, entregado a la oración, al apostolado y al estudio. Nadie podría negar, al gozar del privilegio de visitarlo en su domicilio y de escucharlo, que se trata de un hombre de Dios.

Por lo mismo de ser sacerdote, fue, sin previamente proponérselo, hacia la acción social. El sacerdocio es caridad y la caridad es la acción social en su más alta forma. Como lo ha dicho monseñor Franceschi, el sacerdote Luigi Sturzo “nunca pensó sino en servir a Dios en sus hermanos los hombres”<sup>2</sup>. Lo social aparece en la vida del hombre religioso, no como una intromisión extraña; menos aún, como una desnaturalización del oficio para el cual ha dedicado su vida. Todo lo contrario: es su complemento necesario; más todavía, es su ámbito propio. El hecho religioso, aspiración del hombre hacia el Creador y Redentor del mundo, se manifiesta en sus mandatos; y la primera obligación que Dios impone es el servicio colectivo, pues no otra cosa significa el amor al prójimo confundido en el primero de los mandamientos.

No sé yo, ni me ha llegado a interesar descubrirlo, qué fue anterior en Don Sturzo, si el estudio o la acción en el campo social. Para fin de cuentas, lo mismo viene a ser, pues una cosa va en función de la otra. Si previamente nació en él su decidido amor por el estudio científico de la realidad social, ese estudio científico no tuvo nunca para su espíritu la virtualidad de objeto en sí, porque estaba formado en la concepción teleológica de que el hombre tiene un fin en el mundo y ese fin es servir a Dios y a los demás. Si, por lo contrario, fue la misma necesidad de acción la que lo estimuló al estudio de la Sociología, ello sólo vendría



a corroborar su concepto de que la resolución de los problemas, en el mundo de hoy, no puede ser fruto de la improvisación sino que supone un análisis científico profundo, objetivo y sincero de esos mismos problemas y de la realidad que les da origen.

Pero lo que sí es verdad indiscutible, es que Luigi Sturzo no llegó a la política por lo que muchos están y andan en ella: por sus aspectos “materiales y utilitarios” que condena y para preservación de cuyos perniciosos efectos ha defendido la necesidad de partidos católicos que no sean sólo “instrumentos políticos” sino que han de tener “un programa ideal y moral”. Luigi Sturzo llegó a la política por una necesidad social y por una necesidad de su espíritu. No apareció como un fantasma en la vida política, caído en ella para especular sus dotes personales. Llegó a la política como una consecuencia de su vocación de apostolado; pues las exigencias de ese apostolado —oigamos otra vez a Monseñor Franceschi— “movieron a Don Sturzo a tender hacia la política, no por ella misma sino por lo que tenía de contacto con lo social”<sup>3</sup>.



Convengamos en que no es ni puede ser regla general el caso de un sacerdote que fue Alcalde, Consejero, Jefe y Secretario Político de un Partido. Hoy mismo, cuando el partido de la *Democrazia Cristiana* hace realidad en Italia el inicio de sus enseñanzas, separadas están las funciones de los dirigentes políticos y las de quienes en el campo sacerdotal o seglar luchan también por llevar a la vida social la verdad de una reforma cristiana. Pero reconozcamos que su caso, el caso excepcional de Don Sturzo, constituye manifestación providencial de una verdad cuyo reconocimiento ha de ser fundamental para la reorganización del mundo.

Esa verdad se afirma, precisamente, en el triple carácter de sociólogo, sacerdote y político que inseparablemente llena la vida de Don Sturzo: esa verdad consiste en la necesaria interrelación de estos fenómenos sociales, políticos y religiosos. Es la circunstancia objetiva, que muchos se empeñan en desconocer, de la unidad esencial de la persona humana; postulado del cual se deriva, con necesidad invencible, aquel otro de la unidad esencial de la vida social, que desarrolla dentro de las relaciones colectivas las características de los seres que la integran.

Tiene carácter pontificio la declaración de que la política y la economía, como las demás manifestaciones de la vida social, no pueden sustraerse al imperio de las leyes morales. A más de la autoridad que la respalda, esta tesis está ampliamente fundada



en las enseñanzas de la Filosofía. Pero interesa señalar —y a ello tienden estas modestas líneas— que la misma verdad emerge de la Sociología entendiendo esta ciencia como la que estudia de manera objetiva la realidad social.

★

La realidad social es compleja. Cada una de sus manifestaciones se entrelaza con factores y procesos de variada índole. El estudio de cualquier fenómeno indica que una pequeña alteración que sufra, inevitablemente se traduce en perturbaciones y modificaciones que alcanzan hasta otras manifestaciones sociales que pudieran parecer muy lejanas.

Un descubrimiento científico, la propagación de una idea religiosa o de una convicción filosófica, no sólo repercuten en su campo específico, sino en la economía o en la vida política. La transformación del medio geográfico o de las formas demográficas puede provocar modificaciones importantes en la vida de los pueblos; la introducción de un nuevo factor económico puede traer consigo —como ha ocurrido en Venezuela con la producción petrolera— las más hondas transformaciones. Ese carácter de complejidad que tienen los fenómenos sociales suele ser olvidado por los especialistas. En ocasiones, se ha tratado de establecer vallas imaginarias e irreales entre los diversos órdenes de la actividad social; en otras, se ha acudido a interpretaciones monistas que prefieren referir a un solo fenómeno o a un orden de fenómenos, la explicación de todos los demás aspectos de la realidad colectiva.

Los monismos están de paso en la Sociología. No se debe negar que ellos han contribuido a hacer énfasis sobre la importancia de diversos factores y sobre la repercusión de esos factores en la complicada trama de las viviendas colectivas. El monismo económico, por ejemplo, el más sonado de los últimos tiempos, tuvo el efecto favorable de hacer abrir los ojos sobre la importancia de la economía en la vida social y sobre el influjo de los hechos económicos en campos que le parecían muy distantes, como la política o la vida espiritual. Así también, el monismo geográfico hizo pensar más detenidamente en la influencia que territorio y clima ejercen sobre la vida humana; y el monismo racial obligó a los hombres a estudiar mejor la significación de la sangre y de la raza en la existencia de los pueblos. Pero la exageración de convertir en razón única y exclusiva de los fenómenos sociales a uno solo de ellos ha sido rechazada más firmemente cada día, ya que el conjunto de las diversas investigaciones hechas por los propios monistas ha llevado más bien a aclarar la interdependencia recíproca de las diversas expresiones comunitarias.



Es característica en la Sociología más reciente, la convicción de la complejidad social. Así, un autor tan distinguido como el profesor Georges Gurvitch, cuyas concepciones pueden no compararse pero cuya información y conocimientos son notorios, lo pone de relieve al comentar “la vocación actual de la Sociología”: “Esta realidad social *compleja y extendida* —expresa— es estudiada por la Sociología de una manera muy especial, bien distinta de las ciencias sociales particulares. El método sociológico se caracteriza por dos puntos fundamentales: a) él toma siempre en consideración *todos los planos* de la realidad social a la vez, *aplicándoles una visión de conjunto*; aun las ramas especializadas de la Sociología (por ejemplo, la Morfología social, la Sociología del Derecho o de la Religión, la Psicología colectiva, etc.) se distinguen a este respecto de las ciencias sociales particulares. Porque, si algunas ramas de la Sociología parten de uno de los planos en profundidad de la realidad social, sobre el cual ponen su énfasis, ellas conducen siempre a relacionarlo con otros planos y a integrarlo en ‘el fenómeno social total’ ”<sup>4</sup>.

Así mismo lo había dicho Gilberto Freyre en 1945: “Es que la sociología va desenvolviendo hoy su condición de ciencia social autónoma precisamente en sentido contrario a cualquier exclusividad de interpretación de los fenómenos interhumanos. La exclusividad económica, la política, la cultural, la geográfico-social, el propio exclusivismo sociológico de Comte y de Durkheim, van siendo todos —exclusivismos de teoría o de criterio— sustituidos por criterio más “católico” y, a lo que parece, más de acuerdo con la naturaleza compleja de los fenómenos sociales: el de la reciprocidad de influencias y complejidad de interrelaciones, presentes en las relaciones sociales aparentemente más simples”<sup>5</sup>.

Resulta, por lo tanto, anacrónico, contrario a la más concluyente experiencia sociológica y al conocimiento más objetivo y desinteresado en el campo de la Sociología, pretender que determinado fenómeno se aisle; cerrar los ojos a la influencia que por la misma complejidad social ese fenómeno tiene que recibir y ejercer sobre los otros órdenes de la vida colectiva.

El aislamiento a que de espaldas a los principios quiere condenarse el hecho político viene a ser, pues, un desconocimiento anticientífico de la realidad. Pero semejante desconocimiento se hace más grave en la hora actual, cuando como reacción al *laissez faire*, el Estado se inmiscuye considerablemente en los demás órdenes y actividades.

La existencia de un orden político no es sólo una exigencia del orden social total. Ese orden político condiciona también y modifica la forma y desarrollo de cada uno de los otros fenómenos sociales. Arreglar la economía, orientar la educación, facilitar y



amparar la familia, permitir y estimular el desarrollo de la cultura y la vida moral y religiosa, y hasta asegurar la vida y la salud física de los pueblos, viene a depender en gran parte del grado de normalidad y de eficacia que presente el hecho político. En este sentido adquiere tintes de verdad literal la frase hiperbólica de un gran escritor español de nuestro tiempo: "la política en la Historia, señores, es el macho" <sup>6</sup>.

Pero, al mismo tiempo, la política es el reflejo continuo del "devenir" social. "Ni las formas ni las funciones del gobierno —dice un sociólogo norteamericano— pueden ser entendidas sin continua referencia a los factores sociales básicos en su desarrollo. El comercio exterior y las inversiones han extendido nuestros intereses y actividades gubernamentales hasta partes opuestas y remotas del globo. El automóvil ha desbordado las antiguas demarcaciones y fronteras entre ciudades, condados y aun estados, acercando las capitales tanto casi como si fueran cabeceras de distrito. El progreso de la ciencia sanitaria ha producido una revolución en la salud pública. Las influencias industriales urbanas sobre la familia han presentado la cuestión de las medidas preventivas contra la delincuencia, la organización y actividades de las bandas de maleantes, la construcción de tribunales juveniles y un procedimiento nuevo. La inflación y deflación de los negocios y la agricultura han obligado al gobierno a emprender nuevas actividades en ambos campos. El acortamiento del día laboral ha precipitado un nuevo y amplio problema, el del uso del tiempo libre y la relación del gobierno con la recreación. La aparición de grupos sociales y económicos desafiantes ha trastornado las bases de la vida económica y de la vida pública, mientras los métodos modernos de publicidad y propaganda han afectado profundamente la conducta de las relaciones públicas" <sup>7</sup>.

Sería ignorar la más palpable evidencia, considerar lo político como un fenómeno aislado o aislable, que no tenga nada que ver con cada uno de los otros fenómenos que integran la realidad social. Y como la solución de muchos problemas que no son políticos la ofrece la política, es monstruoso que a ésta se le exima de responder a necesidades, intereses y principios que dimanan de los otros órdenes sociales.

El Estado, por ejemplo, se inmiscuye en la vida económica. ¿Cómo entonces, pretender que no se le pregunte cuáles han de ser las concepciones filosóficas y las normas éticas que van a presidir su acción de intervencionismo económico? El Estado intervencionista no es un Estado agnóstico, indiferente a los otros "planos" (como Gurvitch diría) de la realidad social. Es un Estado que piensa y que siente, como piensa y siente la colectividad que representa. Pensamiento y sensibilidad que traducen la influencia de otros hechos sociales en el hecho político.



El Estado se mezcla en la vida familiar. No ha querido renunciar a una función legislativa en materia de las relaciones más íntimas que supone la vida de familia. No ha podido cruzarse de brazos ante problemas que actualmente aquejan a la sociedad doméstica y asume una función tuitiva para defensa y protección de la que ha sido hasta en textos constitucionales proclamada como célula social. ¿Cómo podría, entonces, ignorar la realidad objetiva y normativa que a la familia informa y le atribuye su razón de ser?

El Estado, más aún, interviene también en los asuntos educacionales. Quiere suplir, quiere vigilar, y hasta ha pretendido desplazar otras fuerzas sociales en la educación. ¿Cómo pretendería dirigir esa acción, si le impidiera el acceso hacia sus bases a las realidades que el espíritu humano ha impuesto en la vida social y que tienen una respuesta a las cuestiones que en esta materia se plantean? En una palabra, si lo político pretende mezclarse y de hecho se mezcla en la pedagogía ¿cómo puede impedirse que vengan a traer a lo político sus convicciones e inquietudes los otros factores sociales, que no son políticos, pero que tienen una relación más íntima con el problema que se pretende resolver?

Sería, en resumen, absurdo y obstinado negar ante el hecho político la verdad práctica que corrobora la afirmación científica de la complejidad social. Lo político es parte de lo social. Ni lo social puede entenderse cabalmente si se prescinde del aspecto político, ni lo político puede comprenderse y encauzarse con acierto si se hace abstracción de las necesidades y motivos que a los hombres presionan dentro de lo social.

La cuestión social no es un problema fundamentalmente político; pero tiene una honda repercusión política. La vida sindical es un fenómeno social y económico que no cae totalmente dentro de la esfera de la organización y defensa del poder: pero sería ingenuo pretender que su desarrollo no tiene mucho de causa y efecto, en relación a la vida política. Las necesidades espirituales y materiales de un pueblo no son cuestión política: provocan fecundas consecuencias en el hecho político, del cual, a su vez, depende en gran parte su consideración y solución. Son tan de bulto estas observaciones que no podría negarlas nadie, pues para refutarlo sobrarían ejemplos concretos en las más inmediatas experiencias históricas.

¿Por qué alarmarnos, pues, de que un apóstol de reforma social como Don Luigi Sturzo, al penetrarse de las necesidades de su pueblo, derivara hacia la acción política? No será común el caso de un sacerdote erigido por obra de las circunstancias en jefe de partido; pero tampoco puede concebirse un sincero católico, sacerdote o seglar, para quien sea indiferente el desarrollo de la



vida política. Puede que renuncie deliberadamente a actuar en "la política" como cuestión de lucha inmediata por la conquista del poder; pero que deje de tener interés en la forma política que rija o amenace regir, ello equivaldría a no importarle lo demás. A no preocuparle el rumbo que puedan seguir los derechos del pueblo y los atributos fundamentales de la persona humana.

★

Diáfanas como son estas verdades, lo cierto es, sin embargo, que el cerco de tupidos intereses opone resistencia en aceptarlas. ¡Cuán mayor y más fuerte la ha habido para reconocer la proyección social del hecho religioso!

La lucha contra la religión es quizá tan vieja como el mundo. Desde que el mal surgió, surgió la lucha contra los principios que empujan a los hombres hacia el bien. Esa lucha ha tenido muchas formas; pero la más reciente, desesperada, de poder destruir un anhelo que nació con el hombre, ha seguido la inspiración de no rechazar abiertamente, sino de restringir el influjo de la vida religiosa en los pueblos.

Los dogmas de esta negación han recibido mucha propaganda. Que la religión "es negocio privado". Que la religión "es cuestión de conciencia". Que la religión "hace mal en salir de los templos". Que los ministros de la fe "deben limitarse a su altar y su púlpito". En resumidas cuentas, que el hecho religioso, reducido a cuestión ornamental, debe perder sus caracteres de fenómeno social. Y si esto no se logra, ¡que se desentienda al menos de los otros fenómenos sociales!

El argumento es viejo. Es el mismo grito de aquellos patronos egoístas que ante la palabra de León XIII se preguntaban indignados qué tenía que hacer el Papa con las fábricas.

La ciencia ha terminado por dar la razón a quien la tiene. Desde sectores muy opuestos al catolicismo hubo de venir el reconocimiento de que la religión no es negocio privado, sino fenómeno social de innegable importancia. La salida estuvo para los adversarios en buscarle a la religión una explicación irreligiosa; en darle ser al conjuro de instintos no explicados cuya desaparición sería una de las conquistas de la vida civilizada. Pero la vida civilizada ha continuado su proceso y la religión sigue viviendo y actuando, e influyendo en la conducta de las sociedades. Las explosiones más virulentas del materialismo ateo no han logrado extirpar el sentimiento religioso en el alma de las gentes. Sus corifeos han llegado a desconfiar de sus métodos de antirreligiosidad militante y han llegado a reconocer oficialmente la existencia de la religión, y han venido finalmente a caer en la misma tesis



del liberalismo laicista, de arrinconar en los templos las manifestaciones de culto a que quieren reducir una religión "del Estado". Es inútil. Lo religioso vive dentro de lo social y no puede ignorar las grandes cuestiones que angustian a los pueblos, como tampoco puede conocer la realidad social quien ignore su aspecto religioso. Aquí otra vez viene a resultar ejemplo y símbolo el caso de Don Luigi Sturzo, empujado por la convicción y el celo religioso hacia la acción social, sin pensar, como en la cita de Monseñor Franceschi "sino en servir a Dios en sus hermanos los hombres". Porque ha tenido una fe robusta y un espíritu de inagotable apostolado, el hecho religioso empujó al sacerdote Sturzo hacia la dilatada proyección de lo social; y porque afrontó lo social con el deseo de llevar hasta los hombres justicia, bienestar y amor, el sociólogo teórico y práctico Sturzo insensiblemente derivó hacia el campo político.

★

Su caso es fecundo en reflexiones. El mismo tuvo tiempo de hacerlas durante su largo ostracismo. Para medir y aprovechar sus consecuencias, más interesantes me parecen estas reflexiones cuando adquieren la consistencia de exposición general de una concepción científica, todavía más que cuando traducen la íntima experiencia de un hombre que por su significación universal hubo de exponer ante el mundo la razón de sus actos. Las últimas tienen un sentido humano que conmueve; las primeras logran una claridad doctrinal que ilumina.

"En la realidad histórica experimental —nos dice el sociólogo Sturzo— hallamos tres formas fundamentales para la vida social, que responden a las exigencias de la naturaleza humana en sus tres aspectos permanentes: su afectividad y continuidad (la familia), la garantía de orden y defensa (sociedad política), sus principios éticos y finalistas (la religión). Estas tres formas fundamentales son, en sus cosas esenciales, constantes a todas las civilizaciones y en todas las edades" . . . "Lo que puede deducirse de toda la experiencia histórica conocida por nosotros, es que nunca una forma de sociabilidad alcanza una autonomía absoluta separada de las otras" . . . "Pasando del individuo al complejo social —donde se sienten los efectos de la actitud de las diversas conciencias— hallamos que los entrelazamientos, las interferencias, las pugnas y prevalencias son manifestaciones constantes y normales de la vida social, a medida que es formada y deformada en las diversas formas principales y secundarias" . . . "La sociedad es en sí una, como un hecho de conciencia. Las relaciones entre individuos son múltiples y asumen históricamente varias formas. Estas son integradas y desintegradas en contenido, según



que una gran parte de los hombres actúe en ellas y por medio de ellas, ya como participando de los fines o como ajenos y adversos a tales fines. Así sucede que ciertas formas sociales pierden su contenido plenamente o en parte, mientras que otras al mismo tiempo son llenadas con un contenido que es espiritualmente más activo y más comprensivo. Puede verse fácilmente en la historia, que los hombres, bajo ciertas circunstancias actúan políticamente en forma religiosa, o en nombre de la religión, mientras que bajo otras actúan religiosamente bajo un aspecto político o en nombre de la política" . . . "Aparte del hecho de que la verdadera historia no coincide con [una] síntesis superficial, podemos garantizar que mediante la interferencia de las formas sociales y de los hechos históricos acondicionadores, ha habido y habrá un flujo y reflujo de influencia recíproca y de parecido de procesos en la forma religiosa cristiana y la forma política" . . . "No debe olvidarse que los que actúan son hombres, con su actividad individual, en el campo complejo de la vida social" <sup>2</sup>.

La doctrina está clara. Confusión, no. Flujo y reflujo de influencia recíproca. Para dar al Cielo lo que al Cielo toca, hay que hacer justicia en la Tierra. Para hacer justicia en la Tierra hay que extender los ojos hacia el Cielo. Lo político y lo religioso son materias distintas: pero como ambas miran dentro de lo social a fines que no pueden oponerse, es imposible la ignorancia recíproca, inaceptable la dicotomía.

Normalmente, diversos son los individuos que se dedican al servicio de una u otra actividad. Excepcionalmente, un hombre como don Luigi Sturzo sale por fuerza de su personalidad de uno de esos campos a actuar y reformar en otro. Su ejemplo tiene la virtualidad de borrar fronteras ilusorias y recordar lo que es común en el deber social.

Don Sturzo ha tenido entre los grandes aciertos de su vida el haber buscado los cimientos de los partidos que en Europa luchan por una democracia cristiana. Hoy, tras de la crisis provocada por la guerra mundial, los pueblos del viejo Continente encuentran en la democracia cristiana la fórmula providencial para salvar el equilibrio social, el camino para ganar la reforma social sin hundir la civilización. Iberoamérica y el mundo entero comienzan a ver la fórmula democristiana, que hasta hace algunos años parecía privilegio de minorías selectas, como la fórmula mayoritaria que puede asegurar su porvenir. La concepción de Sturzo, en su triple condición de sociólogo, hombre de religión y político viene a significar no sólo una solución práctica, sino el desarrollo armonioso de una noción científica.



El partido de contenido cristiano democrático no puede ser, por ello, en el pensamiento de Sturzo, un simple instrumento político. Es un órgano de acción social, consciente del deber político, pero impregnado de una idealidad superior. “Mi experiencia —así escribe— me conduce siempre a verificar una circunstancia: los católicos que entran en los partidos esencialmente políticos, no sólo pierden el sentido del apostolado social y moral que se encuentra en los partidos de inspiración cristiana, sino, más todavía, se entregan demasiado a los aspectos materiales y utilitarios de la política; no llegan a distinguir entre los medios honestos y aquellos que yo llamaría ‘discutibles’; estos católicos vienen a ser a menudo una minoría aislada y sin influencia en medio de una mayoría demasiado materialista y . . . realista. *Un partido, para los católicos, debe ser no sólo un instrumento político, debe ser también un programa ideal y moral*” .

Es precisa la idea. Es cuestión de mera consecuencia. El “amaos los unos a los otros” no se circunscribe a los muros del templo; el deber de hacer bien, de servir a la verdad y a la justicia, no se limita a la vida privada. La idea de Sturzo es la vida pública en plan de acción, de lucha, de servicio; no para obligar a los demás a creer, pero sí para evitar que no crean los que no aceptan las contradicciones entre la religiosidad privada de muchos y su falta de generosidad y sacrificio en su relación con los demás.

Lo religioso y lo político se encuentran dentro de lo social. Convencido de ello, don Sturzo dice en nombre de quienes siguen su enseñanza: “nosotros seremos siempre necesariamente demócratas y católicos”. Y para adelantar la conclusión, él mismo nos agrega: “Es lógico, por tanto, afirmar que el neopartido católico deberá tener un contenido necesariamente democrático y social inspirado en los principios cristianos; fuera de estos términos, jamás tendrá derecho a vida propia”. ¿Es necesario añadir más? Parece que no. Cuando las ideas básicas son firmes, sus consecuencias fluyen con incomparable soltura. Esto sucede con las concepciones sociológicas que sirven de base al mensaje político-social de Luigi Sturzo. Pero quizá convenga —ya que el Partido, su construcción suprema, es como el capitel de su doctrina— recoger para finalizar estas páginas, pergeñadas sin mérito pero con devoción y afecto, estas sus elocuentes palabras: “En los regímenes de libertad el católico no puede permanecer aislado y extraño a la vida del Estado moderno. Este se ha atribuido funciones culturales que antes no tenía, reunido en sí las fuerzas sociales y sometido todo a su dominio. Al desinteresarse de él, el católico asumiría graves responsabilidades ante Dios y su prójimo, y abandonaría la cosa pública en las manos de aquellos que, o no son católicos, o no aprueban de hecho el imperio de la moral



cristiana. Uniéndose a los otros, el católico no puede, sin colaborar con el mal, aceptar programas antirreligiosos, métodos inmorales, fines exclusivamente materiales. Así también, el católico no puede, en mi parecer, asociarse a partidos que quieren instaurar formas de gobierno dictatoriales y suprimir la libertad cívica y política; que si esto sucediera, concurriría a hacer del Estado el amo de los cuerpos y las almas, de las personas y las cosas, de la vida pública como de la privada; coadyuvaría a establecer una discriminación continua entre vencedores y vencidos. Es necesario en fin, que el católico conserve siempre la propia personalidad moral y su carácter religioso, para que pueda resistir a los egoísmos de nación, de clase, de categoría, de profesión, no sólo en nombre de la religión, sino aun en nombre de sus convicciones sociales y políticas. Los católicos deben demostrar que hacen algo muy distinto que defender sus pequeños intereses materiales y los de sus pequeñas iglesias, y que están, al contrario, al servicio de los principios morales de la comunidad cristiana. Si adoptaran una actitud diversa, los católicos continuarían siendo confundidos con los partidos reaccionarios o considerados como palafreneros de todos los gobiernos”.

Las palabras son viejas, pero las ideas están vigentes. Parece que hoy, al fin, dirigentes y pueblos se aprestan a darles cumplimiento.

---

#### NOTAS

---

1. Los textos pontificios citados han sido tomados de la traducción acogida por el padre Joaquín Azpiazu, en el volumen titulado *Direcciones Pontificias*, 3ra. ed., Madrid, 1933.
2. Monseñor Gustavo J. Franceschi, presentación de la edición castellana de la obra de don Luigi Sturzo, *Leyes internas de la Sociedad*, Buenos Aires, Difusión, 1946, p. 13.
3. *Ibid.*, pp. 7-8.
4. *La vocation actuelle de la Sociologie*, par Georges Gurvitch, professeur à la Sorbonne, Directeur d'Études à l'École Pratique des Hautes Études, Paris, Presses Universitaires de France, 1950, p. 7. El punto b) del párrafo citado se refiere al método tipológico, que el profesor Gurvitch contrapone: al método “más o menos generalizante de las ciencias naturales”, al método “individualizante (propio de la historia, de la geografía y de la etnografía)”, y al método “sistemizante (propio de ciertas ciencias sociales particulares, que elaboran sistemas coherentes de modelos, signos y símbolos, variables en un cuadro social completo, por ejemplo, economía, política, derecho en el sentido técnico, gramática, etc.)”.
5. Gilberto Freyre, *Sociología*, Río de Janeiro, 1950, pp. 758-759.
6. José Ortega y Gasset, *Rectificación de la República. Artículos y discursos. Proyecto de Constitución* (discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes el 4 de setiembre de 1931). *Obras de José Ortega y Gasset*, 1932, p. 1370.
7. C. E. Merriam, “Government and Society”, en *Recent Social Trends*, McGraw-Hill Book Co., p. 1.489. Citado por Ernest R. Groves y Harry Estill Moore, *An Introduction to Sociology*, Longmans, pp. 579-580.
8. *Leyes internas de la sociedad*, cit., pp. 61, 62, 63, 85 y 115.
9. Esta cita y la próxima han sido tomadas de la obra de Alberto Canaletti Gaudenti, *Sturzo. Il pensiero e le opere*, publicada por S.E.L.I. en 1945.







28

**KONRAD ADENAUER**







---

## "EL VIEJO" HA MUERTO DE PIE

---

*Konrad Adenauer, líder de la reconstrucción de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial y uno de los grandes conductores de la Comunidad Europea, nació el 5 de enero de 1876 en Colonia, a orillas del Rin. Sus memorias comienzan con un episodio ocurrido en una prisión de la Gestapo, en Brauweiler, cerca de Colonia, a fines de la guerra: "El Comisario responsable de la prisión me rogó, cuando ingresé, que no atentase contra mi vida, pues con ello sólo le ocasionaría a él complicaciones. Le pregunté en qué se fundaba para pensar así y me respondió que como yo tenía casi setenta años y nada debía esperar ya de la vida, quizá me rondase por la cabeza la idea de quitármela". Pero era justamente entonces cuando empezaba la parte principal de su existencia. Canciller de Alemania desde 1945 y fundador de la Unión Demócrata Cristiana, partido mayoritario de su país, tuvo una intensa actividad política hasta el fin de sus días, ocurrido el 19 de abril de 1967. Con ocasión de su fallecimiento escribí en el diario El Nacional de Caracas el artículo que aquí se inserta.*

**M**ucho habría sobre qué hablar hoy: para recoger, para interpretar, para reafirmar, para precisar cuanto se ha dicho en torno al mitin-impacto del sábado pasado. Pero es forzoso hacer un breve alto en el combate, a la manera de un minuto de silencio, para rendir tributo al gigante que se durmió en los brazos del Altísimo, al hombre ilustre de quien se ocupa el mundo entero, al nonagenario increíble. Konrad Adenauer, que rindió anteayer su última jornada y dejó tras de sí una obra cuyos perfiles se dilatan al transcurrir el tiempo.

Increíble nonagenario lo he llamado. Realmente, era un fenómeno impresionante. Aquel rostro magro, surcado de arrugas, mostraba una vitalidad en plena madurez. Aquel cuerpo delgado y erguido parecía hecho de una de esas aleaciones que la tecnología ha inventado para sus aventuras cosmonáuticas. Era un hombre pleno *elan vital*, en tal forma que de tanto considerar un milagro su asombrosa existencia, llegamos a creer imposible su muerte.

En estos momentos viene a mi memoria la oportunidad en que pude estar junto a él durante cuatro días. Ya lo había encontrado antes. Había tenido la ocasión inolvidable de departir largamente con el Canciller en su casa de Rhondorf. Era una mañana de febrero ("2-2-62", recalcó al poner la fecha en un autógrafo que le enviaba a mi hija Mireya) y había nevado la noche anterior. El camino desde Bonn, bordeando el Rin, parecía una postal navideña. Los niños, en marcha hacia la escuela, jugueteaban con la nieve todavía impoluta. La casa de aquel señor, jefe indiscutido de una gran nación de más de sesenta millones de habitantes, en la propia frontera de la guerra fría, sólo dejaba ver como signo exterior de lo que había en ella, el paso rítmico de un agente policial, abajo, en la calle. Muchas gradas había que subir para llegar hasta la puerta; al tocar, solamente apareció una doncella que abrió, fue a llamar al dueño y nos sirvió café: en el marco de esa austeridad impresionante resaltaba la vigorosa figura de uno de los más extraordinarios estadistas del mundo. ¡Pensar que de sus decisiones estaban pendientes, dentro y fuera del país, centenares de millones de hombres!



Pero el Congreso de Düsseldorf me dio la posibilidad excepcional de verlo en todos sus movimientos, de acecharlo en sus actividades, de hablar con él varias veces sobre diversos temas, de observar sus gestos, sus acciones, y hasta sus posibles debilidades. Al terminar aquella experiencia, aumentó hasta lo imprevisible la admiración que ya tenía por él. Alrededor de su personalidad dinámica giraba toda la asamblea. Desde antes de empezar el Congreso, comenzó a discurrir. El domingo 28 de marzo (1965) agradeció al Primer Ministro de Westfalia-Renania el almuerzo que éste ofreció a los delegados: hizo un ingenioso recuerdo de su antiguo rol de Alcalde de Colonia, con motivo de la rivalidad entre su ciudad y Düsseldorf. Por la noche hubo una concentración popular para anunciar al público la reunión y objetivos del Congreso: él pronunció el mejor discurso, el más vigoroso, el más entusiasta. Millares de personas lo aplaudieron entusiastamente, lo aclamaron como a líder insustituído. Esa misma noche, después del mitin, tuvo todavía que hablar de nuevo, como Presidente del Partido, para agradecer el agasajo del Alcalde.

Al día siguiente comenzaba formalmente el Congreso. Antes de las 10 a.m. estaba allí el anciano, que debió recorrer dos veces, para pernoctar en su casa, la distancia de unos ciento sesenta kilómetros que hay entre Düsseldorf y Rhondorf. Subió ágilmente las escaleras, sin ayuda de nadie, hasta la alta tribuna de oradores; pronunció el discurso de apertura, y así siguió hasta que terminó el Congreso con su discurso de clausura. No faltó un solo día a las reuniones y actos sociales; a horas avanzadas de la noche iba por la autopista hasta su residencia y en la mañana aparecía de nuevo, dispuesto a hablar con los delegados, a intervenir en los debates, a departir con los invitados extranjeros. Sus intervenciones, a veces, estaban matizadas de penetrante humorismo: una verdadera joya fue la improvisación que hiciera, con un micrófono portátil en la mano, por más de media hora, en la cena que ofreció a los periodistas. “Señores periodistas, les dijo en un arranque: los políticos también tenemos corazón”. La audiencia estaba cautivada. El último mensaje fue una arenga, al clausurar la asamblea, destinada a poner al partido intensamente en actividad para un período electoral que se consideraba difícil: “mis amigos, afirmó, no conozco una sola elección que no haya sido difícil; pero para ganar una elección se requiere ¡trabajo!”

La imagen de “El Viejo”, como lo llamaban todos los alemanes —con entonación diferente según quisieran testimoniar respeto, afecto, animadversión o, simplemente, acatamiento— quedó grabada indeleblemente en mi recuerdo a través de aquella experiencia, y no he podido separarla después, del análisis de su obra o



de su pensamiento. En carne y hueso (quizás más en "hueso" que en carne) se realzaba su figura mientras se humanizaba más. Terminó el Congreso y todavía se sentó a firmar autógrafos para los jóvenes universitarios que acudieron a él; hizo un aparte para despedirme, para enviar conmigo un saludo a las gentes de América Latina y para prometerme venir a visitarnos, con dos condiciones: que pasaran las elecciones, porque tenía prometido luchar de lleno en ellas, y que sus médicos lo permitieran. La primera condición se cumplió victoriosamente; la segunda, ya no fue posible obtenerla.

Hoy se ponen de pie todos los jefes de estado, todos los conductores políticos, todos los combatientes por la libertad, todos los hombres que creen en la paz y, en especial, todos sus compatriotas, para reverenciar sus restos. Cayó, casi inesperadamente. Todavía intervenía en la política, aunque separado de la dirección del partido, que lo había hecho Presidente Honorario; iba todos los días a despachar en su oficina del Parlamento. La enfermedad fue rápida. El corazón se detuvo, porque ya había andado demasiado. Si los árboles mueren de pie, él, que fue un árbol centenario, tenía también que morir así. De pie ante la historia. Esperando, con gesto impasible, el veredicto de la posteridad.



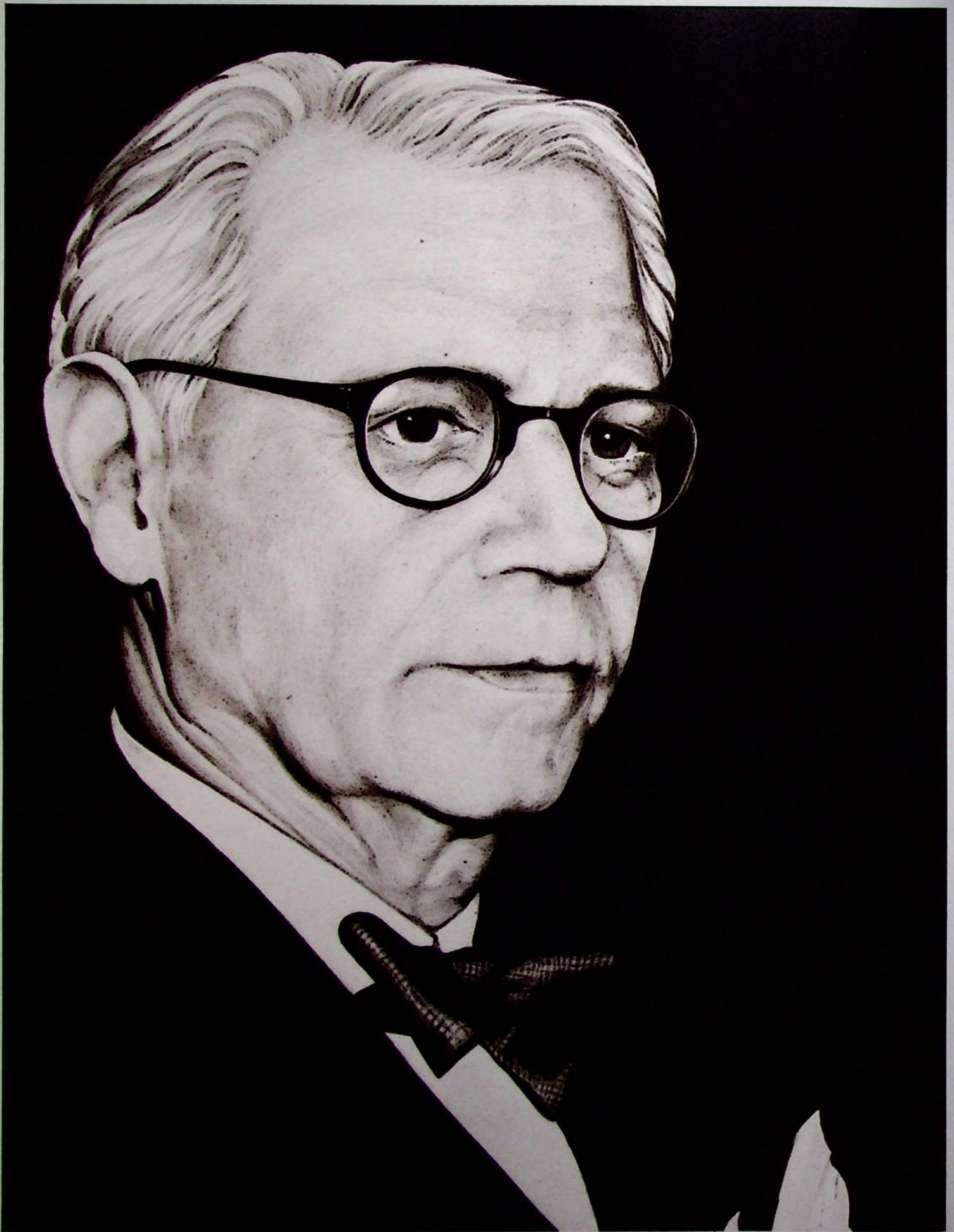




29

**DARDO REGULES**







Cuando lo encontré por vez primera fue para mí como cumplir un rito religioso. Sus fraternos brazos —casi debería decir, sus brazos paternales— eran como las ramas de un árbol sagrado cuya protección me envolvía y me cercioraba de hallarme en buen camino. ¡Hacía ya tanto tiempo que había escuchado el nombre de Dardo Regules como símbolo de rectitud, como consigna de deber, como anuncio de una idealidad generosa y limpia!

Oí nombrarlo, años atrás, en mi primera salida al mundo de la vida democrática. Nacido y crecido cuando una de las más fuertes dictaduras que ha sufrido la América amurallaba, para aislarla del contagio de las inquietudes, y mantenía bajo férrea estructura patriarcal la tierra del Libertador, me asomé a la angustia de América en su juventud universitaria reunida en Roma, allá por la Navidad de 1933. En Roma ¿por qué no? ¿No fue allá donde el joven Bolívar lanzó su juramento que comprometió ante la historia, con él a su generación y con su generación a las generaciones que le sucedieran? Allá, en mis oídos resonó muchas veces la mención del ilustre pensador uruguayo; del pensador, del escritor, del profesor, del orador insigne, del político honesto, del ciudadano y del demócrata, del hombre, sobre todo, que había podido realizar la armonía del pensamiento y la conducta, de la claridad del entendimiento y la plenitud del corazón.

Seguí oyendo hablar de él y su figura siguió cobrando majestuoso relieve en mi conciencia. Supe que él, como parlamentario, había hecho resonar el ambiente de las Cámaras con la rotundidad de su elocuencia, pero más había hecho resonar el corazón de sus oyentes con la profundidad y vigor de sus razones. Supe que él, como maestro, había sembrado nobles preocupaciones en grandes sectores juveniles. Supe que él, como periodista, había mostrado que la agilidad de la pluma podía verter en prosa fácil los conceptos más densos. Supe que él, como jurista, había hecho un sacerdocio del servicio al Derecho; como juez de familia, había puesto su sensibilidad de esposo y padre en función de las penas de los litigantes; como internacionalista, había expresado en impecables fórmulas la aspiración de nuestros pueblos a vivir en la realidad lo que se enuncia en las declaraciones de princi-

*El gran pensador, jurista y político uruguayo Dardo Regules (Montevideo, 1 de febrero de 1887 - 23 de enero de 1961), fue una de las más brillantes figuras de la democracia cristiana en América. Dirigente de la Unión Cívica Radical, el más antiguo partido latinoamericano de orientación democrática, fue promotor de la llamada reunión de Montevideo, en 1947, y de la Declaración de Montevideo, en 1948, que iniciaron lo que habría de ser la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA). En su país alcanzó el más amplio respeto de todos los sectores. A su muerte se le rindió un verdadero homenaje nacional. El texto que sigue fue el discurso leído en acto realizado en la Universidad de Uruguay, por iniciativa de su Facultad de Derecho, el 24 de julio de 1961, al cumplirse los primeros seis meses de su fallecimiento.*



pios; supe que él, como figura, había recibido ya el reconocimiento de sus coterráneos, sin distinción de credo, y de todos los hombres libres del continente.

Cuando me estrechó junto a sí, ya era, pues, para mí una figura familiar. Nada necesitaba preguntarle, porque la resonancia de su voz había llegado hasta nosotros sin asco de distancias. ¿No era, acaso, el mismo Regules a quien buscaron para que fuera Ministro del Interior porque la dificultad extraordinaria de una determinada situación exigía poner en aquel cargo a alguien en cuya imparcialidad todos creyeran y de cuya absoluta honestidad nadie se atreviera a dudar? ¿No era, acaso, el cristiano sin tacha para quien no fue nunca el cristianismo una denominación comercial, para quien nunca la propia convicción fue causa de menosprecio por las convicciones ajenas, para quien jamás la religión pudo entenderse como norma convencional de intereses sino como profundo manantial de bondad y de fe?

Era Dardo Regules. El mismo que, presidiendo la delegación de su país a la IX Conferencia Interamericana, dio a la Carta de Bogotá los mejores toques de su espíritu y a la mirada atónita de quienes parecían sacudidos por la violencia el ejemplo de una serena e insobornable integridad. El mismo que abrió siempre su pecho al dolor de los perseguidos e hizo de su oficina hogar espiritual para los exilados que llegaban a la tierra uruguaya, y cuya voz se levantó sin esguinces para fustigar todas las tiranías.

Pero su presencia real impresionaba todavía más. No sé qué don extraordinario había en su modo, en su expresión, en su charla realmente sugestiva, en su magnetismo y simpatía. Pienso que sería difícil a quien lo conociera no sentirse ganado por su personalidad. Entiendo cómo pudo lograrse, sin que nadie tuviera que hacer esfuerzo por vencerse, aquel espléndido homenaje nacional que reunió las lágrimas de amigos y adversarios y puso a resonar en torno de su féretro la voz del Uruguay, la voz de América, que no se expresa ni se podía expresar en diapasón de monotonía regimentada, puesto que ha menester de su irrenunciable variedad para que pueda hallarse en ella la inconfundible unidad del espíritu.

Al colocarse ante él como persona, es difícil decir por dónde se debe comenzar y en qué aspecto se debe subrayar el elogio. Como universitario, como jurista y como profesional del foro le han elogiado, en este mismo acto, quienes me han precedido. Yo quisiera encomiar, especialmente, su figura humana, que abarca desde el amante y fiel compañero de la intimidad hogareña hasta el ciudadano que llegó a la política y estuvo en ella en función de servicio, en ejercicio de ideal.



¡Maravillosa síntesis la de su cultivado espíritu! Con la circunstancia de que esa síntesis, de estirpe clásica, no produjo equilibrio de ataraxia, fría y serena, sino el dinámico equilibrio que encontraba el orden en la acción, en la expresión vivaz, en la inquietud creadora. Tristán de Athayde, el insigne Alceu Amoroso Lima, en breve meseniana en que, por cierto me hace el altísimo honor de vincular mi modesto nombre al recuerdo del común amigo, pudo decir de él que reunía “una inteligencia de las más luminosas, un gran corazón generoso y libre, y una simpatía irradiante que a todos conquistaba para siempre”. ¡Difícil de lograr, por cierto, una mezcla tal de inteligencia, de corazón y simpatía!

En lo claro y hondo de su pensamiento estaba la fuente de su vida. Apóstol de la justicia, era un apasionado de la verdad. A los universitarios católicos les hacía, en 1935, una admonición dirigida a todas las juventudes de América: “Uds. tienen la impaciencia de la justicia, pero no tienen la impaciencia de la verdad, cuando a esta hora espiritual del mundo lo que le falta es la verdad. El Reino de Dios y su justicia. Porque en definitiva, no habrá justicia sino por el reino de Dios”.

De esa fluidez de las ideas brotaba la emanación de la palabra. No hay testimonio más unánime que el de sus contemporáneos—colegas o discípulos, parciales o contrarios— sobre la elocuencia de Regules. Durante el homenaje funerario lo expresó así Rodríguez Larreta: “Rara vez se ha podido decir con más razón que fue un señor de la palabra. La dominaba, jugaba con ella, reía y también, en ciertos momentos, adquiría tono vibrante, sarcástico y duro. Tocó todas las facetas del pensamiento a través de su palabra inolvidable y de sus convicciones firmes y certeras, fiel a ideales con los que nació, vivió y murió, ideales religiosos y espirituales bien conocidos, e ideales políticos adheridos a la libertad, a la democracia, al pensamiento libre, a la colaboración de todas las fuerzas de la cosa pública”.

Ni el arte de pensar ni el don de hablar le sedujeron, sin embargo, hasta el exceso de refugiarse en ratiocinios o hacer de la retórica un ejercicio hueco. Las ideas eran en él para dirigir las acciones; las palabras, para difundir las ideas, y para defender la justicia. Era un apasionado del bien. Sufría con el dolor de los que sufren, y esta virtud que la Providencia le dio le hizo verter en frases admirables su credo de redención social. He leído una y otra vez sus “apuntes”, como él mismo los llama, para la conferencia que pronunció para los estudiantes católicos el 10 de enero de 1935. No se puede encontrar mayor vigor en la sobriedad, mayor precisión en la espontaneidad. Le arde el drama de la juventud, que es el drama del mundo de hoy. “Cuando llegamos a los veinte



años —expresa—, la vida que nos circunda nos plantea, sin filosofía alguna, hechos presionantes y urgentes, que nos comprometen la vida entera para hoy mismo, como un inaplazable llamado a la acción: está el dolor humano, expresado —*en los hechos*— por ese proletariado, compuesto de millones de hombres, que explota ese capitalismo, compuesto de millones de libras, que ha organizado, para su privilegio, todos los poderes fuertes de la sociedad. Está la fuerza, predominando, *en los hechos*, sobre todos los doctrinarismos de la libertad —palabra hueca o prejuicio burgués— que el fascismo y el comunismo —paganismos coloreados— quieren barrer y van barriendo de la esfera del mundo. Está el odio, armando, en público y en secreto, las patrias militares y las concepciones guerreras, frente a pacifismos inútiles y el tráfico de negociantes afortunados, etc. etc. Bien o mal, tenemos que incorporarnos a las soluciones. Y lo que necesitamos no es consumir nuestra energía en la exploración metafísica del ser, sino que se nos dé un arma —hacha o antorcha— para atravesar la densidad de intereses y abrir el bosque humano por donde podamos, que por cualquier lado vamos a hacer entrar la luz”.

Y es entonces cuando hace su llamado a la verdad. Y es entonces cuando recuerda también que la libertad no es un fin, sino un medio para que el hombre pleno realice la plenitud de su destino. Y cuando concluye agudamente: “¿Nos volvemos socialistas?... me dirán algunos... Al contrario: los socialistas se han vuelto cristianos”. Cristianos, pensaba, si no en la adopción de un rótulo confesional, al menos en la aceptación de valores sin los cuales no hay redención posible.

La misma receptividad de su alma, su inquietud misma le hicieron estar siempre dispuesto a comprender a la juventud. Más que a comprenderla: a identificarse con ella. No en el sentido de excusar desviaciones, sino en el de alentar esperanzas y rectificar rumbos. Si comenzó su vida pública como representante estudiantil en la Universidad, parece que hubiera querido siempre seguir siendo representante juvenil. La juventud es, para él, la etapa de visión más simple y más clara de todo ideal; y se caracteriza precisamente por poner al servicio de esa claridad el concurso inmediato y espontáneo del entusiasmo y de la acción. Por eso identifica el impulso de la juventud con el sentido creador de la vida: por eso mismo la vigila, la cela, en ocasiones la fustiga, como si al hacerlo, más que dirigirse a ella desde fuera, diera salida y expresión desde dentro a íntimas reflexiones. Cuando reprocha, por un lado, a la que vegeta falta de ideales, y por el otro, a la que oscila entre las dictaduras fascistas y las libertades condicionadas y condicionales, “desorientada, sin levantar,



con brazo fuerte, una luz propia, sin tener una auténtica revelación de sí misma”, traza caminos llenos de sol que parece no se dibujaran de lejos, sino que se fueran abriendo por el paso fatigado del caminante. Como cuando dijera el poeta: *se hace camino al andar*.

De allí, su vocación de maestro. Fue maestro siempre, no sólo cuando ejerció la cátedra en la Universidad, sino en todo momento. Cátedra abierta fue su vida, por lo que pudo expresar Tomás Brena, al despedirlo: “Con él se va una de las mentalidades más poderosas que ha tenido el país, uno de los universitarios más brillantes, uno de los políticos más generosos e idealistas y uno de los maestros de la vida más consciente de su deber misionario”.

No hay duda de que esa misma vocación de magisterio fue lo que lo empujó, al lado de su profunda versación en las normas jurídicas de la vida internacional, a lanzar su clarinada para una acción conjunta en todos los pueblos de América. Tuvo la visión de nuestra América Latina, más grande por el entendimiento mutuo, fortalecida por la unidad. Dentro de su campo ideológico demócrata cristiano aparece, por ello, como paladín de la organización de los movimientos democristianos latinoamericanos. Es su casa, en 1947, la sede de las primeras reuniones, y a su casa debían enviarse las adhesiones al primer llamamiento. Por conducto del doctor Héctor Cuenca, de grata memoria, me llegó de manos de Regules esta primera campanada citando a la coordinación. Posteriormente, los tiempos se fueron haciendo más difíciles y una de sus cartas, de sus maravillosas cartas, resumió en párrafo que era a la vez una burla sutil a los tiranos, la situación que volvía a atravesar Venezuela. “No sé si estas líneas le llegarán a la casa o a la cárcel, o siquiera le llegarán algún día. Las pongo en el correo, con la esperanza de que lleguen a su destino, revelando a la censura que no contienen juicio de valor sobre las instituciones reinantes, ni refieren a tema prohibido”.

Así llegaron. El truco resultó. Y el diálogo, después interrumpido de nuevo, pudo finalmente reanudarse, permitiéndome atesorar entre mis mejores recuerdos los que guardo de él. Jocosamente le decía que era tal mi admiración y mi afecto que no llegué casi a darme cuenta de los peligros que sorteaba por estas calles de Montevideo al ir en su coche, conducido por él. Y reía, con fresca y sana risa. Porque lo único que no alcanzó jamás a hacer bien fue guiar automóviles; y su consustancialización con el orden jurídico no le impidió chocar de continuo con las leyes y ordenanzas del tránsito. Me fui con él hasta su hogar, y se quiebra mi garganta en el recuerdo, en el grato recuerdo, al pensar que no lo tenemos más.



Pero, no es cierto. Lo tenemos; y tanto, que ya nada puede quitarnos lo mejor que nos dio, que es la perennidad de su legado. El nos dijo que la democracia “es un modo de convivencia basado en el consentimiento” y al hacerlo nos enseñó que se puede y se debe convivir sin renunciar a la integridad de las convicciones y a la defensa esforzada de los principios; él nos enseñó que el objetivo de los pueblos de América debe ser “ajustar los derechos que proclamamos a la política que realizamos” y con ello nos puso de presente la necesaria unión de la norma y la vida: él nos planteó consignas de unidad en la libertad, y por eso pudo bien decir Venancio Flores que su mensaje de libertad lo irradió por América entera.

Ello justifica que yo, un venezolano, venga desde mi patria —y, coincidentalmente, en el día natalicio de Bolívar— a reiterarle el testimonio de nuestra gratitud y nuestro imborrable recuerdo. Si esta patria uruguaya expresó por boca de Rodó los mejores elogios que del Libertador se han hecho, Dardo Regules supo honrar aquella tradición dando amparo a los venezolanos que sufrían y voceando desde aquí con energía el llamado a nuestra liberación.

Venezuela lloró y llora la muerte de Dardo Regules, como la llora el Uruguay. Pero pensamos que ya pasó la hora del dolor por su pérdida, y, como lo ha revelado este homenaje, estamos en la hora de la inmortalidad que no se altera. Que no es necesario pedir para sus restos paz, pues ya la gozan, porque la ganaron bien ganada; y, para dejar definitivamente confirmada su ruta —que ciegos hubo que la juzgaran extraviada porque no predicó el odio y porque combatió todas las dictaduras— podemos despedir de nuevo a quien Su Eminencia llamó “cristiano de verdad”, con las palabras del Cardenal Barbieri: “Y hacia la eternidad ha pasado Dardo Regules con las alforjas desbordantes de méritos adquiridos con su vida limpia y ejemplar”.



30

**ROBERT F. KENNEDY**







**L**as campanas que doblan por la muerte de Robert F. Kennedy resuenan en el mundo entero. La bala disparada alevosamente a su cabeza ha golpeado la conciencia de todos los hombres libres. La mancha de un nuevo crimen, monstruoso y torpe, afecta en lo más hondo de sus instituciones a la democracia norteamericana. El Presidente Kennedy, tronchado como un árbol corpulento en plena florescencia; el Reverendo King, arrancado del escenario como si se pretendiera mutilar la voz de la justicia; el senador Bob Kennedy, liquidado en la plenitud de una impetuosa marcha, insospechadamente promisoro después de su sorprendente victoria en California. Tres nombres que dan lustre al gentilicio norteamericano por la humana calidad de su mensaje; tres muertes que llenan de sombras la estructura político-social de un pueblo colocado en la cúspide de la presente civilización.

Todos los calificativos se agotaron en la protesta universal frente al nuevo atentado. Todas las esperanzas de la humanidad se volcaron como en una oración por la vida del joven gladiador. A veces, en medio de la seriedad del parte médico parecía traslucirse la posibilidad de una recuperación, que haría del brillante político una figura indiscutida y le daría, con el bautizo de su propia sangre, una autoridad moral capaz de proyectarse en su propio país y hasta dilatados confines, como impulsor de una sociedad nueva. De pronto, se anunciaba la trágica opinión de que, en el caso de sobrevivir, su vida sería mera apariencia vegetativa porque quedaría reducido a una total invalidez. Pero el crimen se cumplió en toda su integridad. Su cuerpo, cual nueva semilla generosa, queda sembrado precozmente, por obra del rencor y del egoísmo, en la ancha tierra de América.

Sabemos que Bob Kennedy fue una figura muy controvertida. Más aún que su hermano, el Presidente. Se le atribuyó un papel decisivo en la campaña de aquél y la responsabilidad directa de algunas de las acciones más enérgicas de su gobierno. Tenía adoradores y detractores. Recientemente, el ingreso a la campaña presidencial, después de haber observado fríamente el heroico lanzamiento del senador McCarthy, fue vivamente discutido. Lo fue también su actitud —muy difícil, sin duda— frente al Presidente Johnson, con quien nunca habían sido diáfanos las

*El drama que envuelve a la figura del Presidente Kennedy, de quien tanto esperaba el mundo entero, tronchado en flor por una oscura alevosía, y a la de su hermano, llamado después a tomar la conducción de la vida política de los Estados Unidos de Norte América, excede a cuanto haya ocurrido, de violencia criminal y mezquina, en la vida política de este hemisferio en los últimos tiempos. Con ocasión del asesinato de Bob Kennedy, cuando estaba a un paso de asumir la Presidencia de su gran nación, fueron escritas las reflexiones que se incluyen en la edición presente de Moldes para la Fragua.*



relaciones de la familia Kennedy. Sus adversarios le consideraban demagogo y ambicioso y propagaban dudas acerca de la sinceridad de su lucha. Le señalaban como inconsecuente, por ser parte integrante del *establishment*.

Lo cierto es que el ciclo de su existencia avala la sinceridad de su combate. Se entregó a él porque creyó en un mundo distinto, dentro del cual su país no fuera el legatario de viejas injusticias, el albacea de sistemas carcomidos, sino el puntero de un orden nuevo. Habló directamente al pueblo y ejerció una fascinación especial sobre vastos sectores juveniles. No tuvo vacilación en la lucha contra la discriminación racial.

El asesinato de su hermano el Presidente no constituyó para él un trauma inhibitorio, ni le dejó un sedimento de amargura como motivación de sus campañas. Más bien le sirvió de un acicate. Se sintió heredero de una gran responsabilidad. No puedo olvidar la impresión que me causó el volver a verlo después de aquel tremendo suceso. La primera vez que tuve contacto personal con él lo encontré en medio de sus graves funciones como Ministro de Justicia, con la apariencia de un muchacho —inteligente, eso sí, vivaz y certero en sus apreciaciones— pero como si jugara a un deporte al participar en línea de avanzada en el gobierno de un inmenso país. Después, aunque conservaba la misma vivacidad, le vi increíblemente madurado, grave, firme, comprometido a llevar adelante la tarea de su hermano, interrumpida por un fusil estúpido. Ya se notaba en él la meditación de una estrategia, que se cumpliría posteriormente: la renuncia al Gobierno, la senaduría por Nueva York, el progresivo anuncio de sus disidencias con la Administración actual; y cuando comunicó —tal vez contra el parecer de alguno de sus más calificados consejeros— haberse decidido a luchar por la nominación presidencial, el sacudimiento de la opinión pública reveló que su decisión abría inesperadas perspectivas en el proceso electoral.

Yo creo que esta muerte no va a quedarse sin producir grandes efectos. En la patria de Kennedy hay grandes valores, en las universidades, en las iglesias, en la política, que con caudaloso respaldo de los sectores populares más injustamente tratados y de la juventud más impaciente, lograrán un serio examen de conciencia que puede producir una revisión completa de sistemas. En su propio partido, Bob Kennedy tenía contrincantes de gran categoría humana, como sus rivales por la nominación, el senador McCarthy y el Vicepresidente Humphrey. Cualquiera de los dos es capaz de elevarse al gran papel que la historia asigna a un Presidente de los Estados Unidos que tenga visión para abrir nuevos horizontes y coraje para enfrentar el crimen. El más joven político de la familia Kennedy, brillante senador por Massachusetts, hereda, por otra parte, el compromiso que contrajeron sus hermanos.



Al escribir sobre los Kennedy, parece imposible no recordar aquellos Gracos, hijos de Cornelia, en los días de esplendor y miseria de la República Romana. La escoria del crimen aparece de nuevo, como entonces, en el crisol de un gran país. Los Gracos fueron dos: Pompeyo y Cayo. No puede uno dejar de pensar qué habría ocurrido en Roma si hubiera existido un tercer Graco.



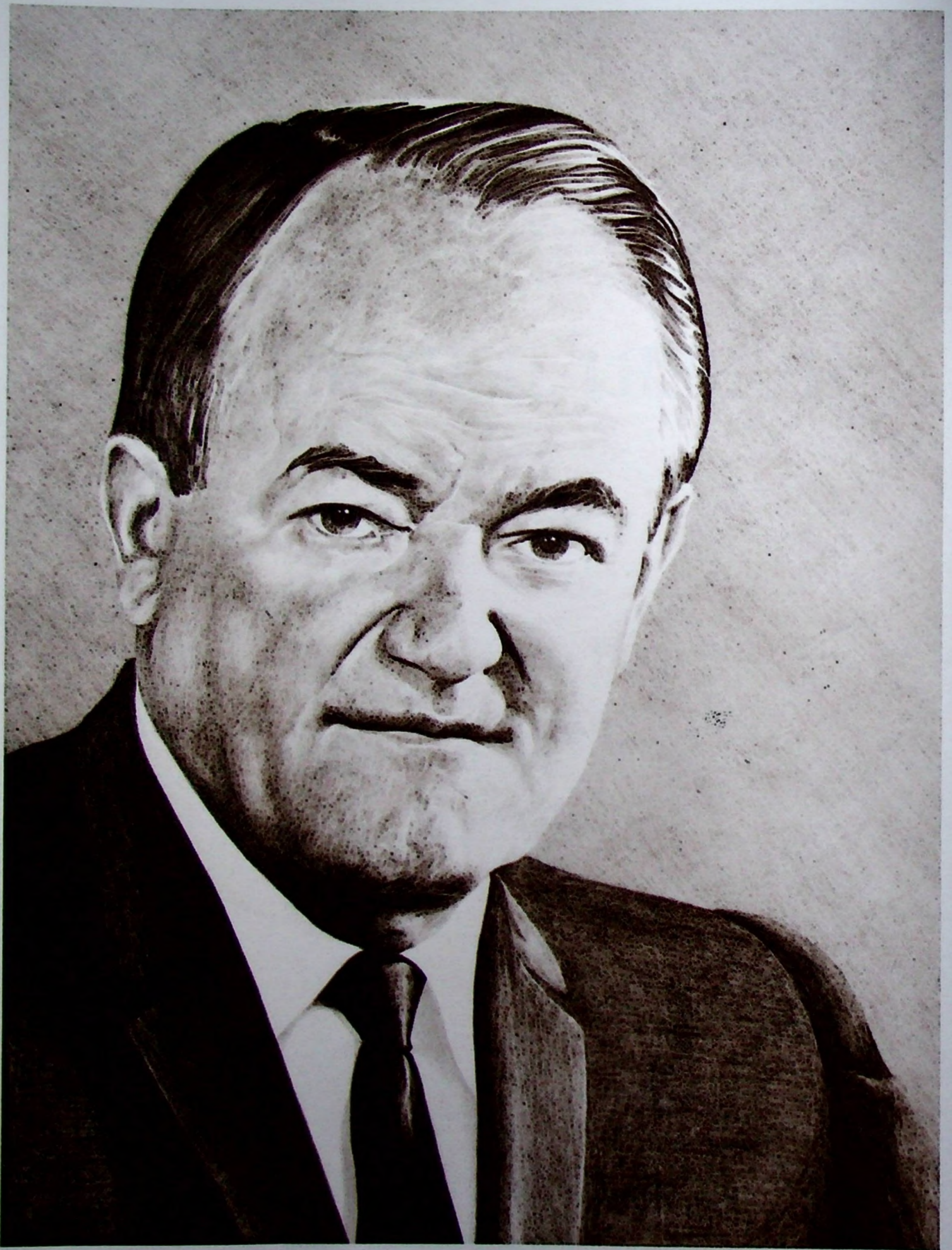




31

**HUBERT H. HUMPHREY**







**A** un año de la muerte del Senador Hubert H. Humphrey, ex-Vicepresidente y ex-Candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, la opinión general en aquel país y en el mundo entero es la de que Humphrey fue uno de los estadistas más notables que su patria ha producido en el presente siglo. ¿Exagero? No lo creo. Si por mala fortuna —suya y de los Estados Unidos— no llegó a Presidente —ya que los electores le cobraron lo que a la administración Johnson achacaban sobre el conflicto de Viet-Nam—, a su muerte se le rindieron funerales de Jefe de Estado y se le han tributado homenajes que lo colocan entre las más grandes figuras que han desfilado por la escrutadora pantalla de Washington.

América Latina tiene sobradas razones para guardar simpatía por su memoria. Su posición de amistad y comprensión frente a nuestros países, su preocupación por dar atención prioritaria a nuestras demandas, fue categórica. No vaciló en reprochar a su propia Administración (la Administración de la que era solidario) lo que consideraba miopía e injusticia frente a la América Latina al no atribuirle, por circunstancias de historia reciente que la hacían mirar más hacia Asia y Africa, la primera prioridad que en su juicio le correspondía. “Nuestra política hemisférica —decía en un artículo de *Foreign Affairs* (julio de 1964) sobre la Política de los Estados Unidos en América Latina— debería mirar dos o tres décadas adelante”. En cuanto a la cooperación económica sostenía: “A mi ver, en los Estados Unidos no estamos asignando a América Latina el monto de los recursos requeridos para cumplir la tarea que se necesita hacer” . . . “Nuestra contribución a la Alianza para el Progreso es lastimosamente pequeña (*pitifully small*)”. “Nuestra ayuda a esta área debería ser incrementada substancialmente”.

Conocí bien al Senador Humphrey y mantuvimos excelente amistad. Conservo abundante correspondencia suya. Me agasajó en el Senado cuando visité a Washington y fuimos honrados ambos conjuntamente con la distinción anual del *Catholic Interamerican Cooperation Program* (Programa Católico de Cooperación Interamericana): quizás el mismo hecho de no ser de una misma

*Hubert Horatio Humphrey, nacido el 27 de mayo de 1911, es uno de los más brillantes políticos norteamericanos del presente siglo. Senador por el Estado de Minnesota desde el año de 1949, descolló por sus posiciones claras y enérgicas y fue electo en el periodo 1965-1969 Vicepresidente de los Estados Unidos. Candidato a la Presidencia en 1968, el estado de ánimo de la población norteamericana en relación a la guerra de Viet Nam y su solidaridad con la política del Presidente Johnson le impidieron la victoria. Falleció en el año de 1977. Se le rindieron homenajes equivalentes a un Jefe de Estado y se ha hecho un reconocimiento creciente de su personalidad de estadista. A su discurso en la Universidad de Pensilvania, ya al borde de la muerte, se refiere el presente artículo, escrito en julio de 1978 para la Agencia Latinoamericana (ALA).*



confesión religiosa le daba más libertad para opinar sobre la Democracia Cristiana, lo que hizo en términos muy favorables en diversos discursos del Senado norteamericano (particularmente en referencia al crecimiento de COPEI en las elecciones de 1963) y en artículos como el de la revista *Foreign Affairs* a que antes hice referencia.

Cuando murió el Presidente Kennedy, me escribió: "Yo le aseguro a usted que haré todo lo que esté a mi alcance para que la política latinoamericana del Presidente Kennedy sea continuada" (diciembre 24 de 1963). Y entendía esa política, no como una simple cuestión de ayuda económica, sino como algo de mayor contenido, especialmente en el orden de los valores. "Al Presidente Kennedy se le aprecia y respeta —dijo— por abrir una nueva era en las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina, no principalmente por haber prometido asistencia material, sino porque supo transmitir comprensión y respeto para el pueblo latinoamericano, para su cultura y para muchas de sus tradiciones. El no consideró al pueblo latinoamericano como inferior ni creyó que la solución de sus problemas era una imitación ciega de los Estados Unidos. Es esta actitud de entendimiento y respeto la que debe penetrar no sólo a nuestra dirigencia sino a nuestra sociedad entera".

No escapaban, ni podían escapar, las opiniones del Senador Humphrey, a algunos puntos de vista característicos de la mentalidad norteamericana. Pero logró sobreponerse a ellos en una medida quizás superior a la en que lo haya hecho cualquier otro calificado vocero de su dirigencia. Su preocupación no se limitaba a pedir la reformulación de relaciones en el plano esquemático de la vida internacional, sino a destacar la necesidad de comprender, estimular y ayudar —dentro del respeto que tan inequívocamente proclamaba por la soberanía de cada país— el empeño puesto por las mejores voluntades dentro de nuestras naciones hacia un cambio de estructuras, una renovación de instituciones y sistemas, tendiente a alcanzar el desarrollo dentro de la justicia social, en beneficio general y equitativo de toda nuestra población, mediante la incorporación efectiva y plena de los sectores marginados al proceso social.

Durante el viaje que hice a Washington hace pocos meses, me dieron una copia del discurso que Humphrey —ya condenado a una muerte próxima por cruel enfermedad a que hizo frente con ejemplar coraje— pronunció en el *commencement* de la Universidad de Pensilvania, en mayo de 1977. La cercanía del fatal desenlace dio a sus palabras, dirigidas a una representación calificada de las nuevas generaciones que se preparan para el liderazgo de los Estados Unidos, el valor de un verdadero testa-



mento. No es sólo a la América Latina a la que llama la atención en su discurso, dirigido a todos los sectores importantes de los Estados Unidos, pues el texto fue insertado por su propia solicitud en el *Congressional Record* (Nº 91, 26 de mayo de 1977); su atención se dirige a todos los pueblos en vías de desarrollo, o mejor dicho, a la actitud que deben tomar los Estados Unidos frente a ellos. “Al entrar al tercer siglo de nuestra existencia como la más vieja democracia del mundo —expresó— la ‘clase’ de 1977 enfrenta un mundo lleno de complejos problemas. Sin embargo, una nueva era de relaciones globales ofrece a esta generación retos sin paralelos y oportunidades extraordinarias para llegar verdaderamente a dominar las plagas históricas de la humanidad, la esclavitud del hombre, la enfermedad y la ignorancia. Aunque el vocablo interdependencia se ha hecho común en nuestros diccionarios, es demasiado poco comprendido. Pero está en nuestro interés nacional definir los parámetros de la interdependencia y entender sus implicaciones para nuestro país”. “Nuestra nación vende más de sus productos a los países en desarrollo que a la Comunidad Económica Europea, la Europa Oriental y la Unión Soviética juntas. Y los países en desarrollo nos proveen de materias primas críticas y artículos esenciales de consumo”... “El sistema económico internacional creado después de la II Guerra Mundial se ha mostrado inadecuado para dirigir los moldes cambiantes del desarrollo económico y la creciente interdependencia entre las naciones. Pero los países desarrollados y en desarrollo están acordes en la necesidad de grandes cambios en el sistema económico y político existente”... “Las naciones industriales comprensiblemente se muestran remisas a aceptar cambios profundos en el presente sistema económico de comercio relativamente libre y la movilidad de capital bajo el cual les ha ido tan bien por tanto tiempo. Sin embargo, es igualmente comprensible que los países en desarrollo, frustrados tan a menudo en sus intentos de mejorar sus standars de vida, estén convencidos de que el corriente sistema económico ha funcionado en desventaja suya”. “Los países pobres ya no quieren depender más solamente de la ayuda extranjera para su progreso, particularmente si esa asistencia está sujeta a las incertidumbres del clima político de los países ricos. Al contrario, ellos quieren un fundamento más predecible para su crecimiento económico a través de la seguridad de precios razonables para sus exportaciones y acceso garantizado de sus productos a los mercados mundiales. En esencia, los países en desarrollo insisten en un genuino compromiso por parte de las naciones industriales, en el principio de la equidad económica entre todas las naciones... Pero la demanda del cambio —sí, cambio radical y fundamental— está llegando. Es como una compleja tempestad y ha llegado ya con



toda su furia. Esto es comprensible. El cambio no llega fácilmente. Y el cambio sobre bases globales es amenazador, intranquilizador y revolucionario. Pero el hecho es que el resto de este siglo continuará siendo un período de increíbles cambios masivos en las instituciones políticas, económicas y sociales. La cuestión es y será, por nuestros esfuerzos positivos, contribuir a dirigir este trastorno global en una dirección consistente con nuestros valores y creencias. O ¿nos limitaremos a resistirlo? ¿Proyectaremos nuestro futuro, o simplemente nos resignaremos a él? Si los Estados Unidos va a desarrollar una respuesta efectiva, positiva a las demandas de las naciones menos desarrolladas, debemos comenzar por emprender ciertos cambios básicos en nuestra propia manera de pensar”.

Son muchas y muy importantes las reflexiones que en su discurso planteó el eminente estadista desaparecido. Si los latinoamericanos tenemos el deber de consagrarle un recuerdo afectuoso, los norteamericanos han de encontrar en ese testamento el mensaje —casi de ultratumba— de un hombre que consagró su vida a su pueblo y a procurar la mejor imagen de su pueblo ante los demás pueblos del mundo.



32

**ALDO MORO**







**E**l espantoso drama ocurrido en Italia, con la personalidad extraordinaria de Aldo Moro como protagonista, no produjo conmoción solamente en su patria, sino en el mundo entero. La América Latina, ligada a la tierra de Dante y Galileo, de Miguel Angel y Leonardo Da Vinci, de Gabriel D'Annunzio y de Aldo Moro, siguió con ansiedad los acontecimientos iniciados con el secuestro y cautiverio del Presidente del Consejo Nacional de la Democracia Cristiana y experimentó, al conocer su horrendo asesinato, un estremecimiento que todavía sacude las fibras más íntimas de su corazón.

Nadie alcanza a entender qué persiguieron los autores responsables del criminal atentado; nadie puede aceptar ese inhumano ensañamiento con un hombre que merecía respeto aun de sus más feroces enemigos; nadie logra comprender qué grado de locura haya impulsado a tan nefasta acción, ni cómo podían imaginar sus autores que serían beneficiarios de su muerte, ya que en toda su vida Moro fue símbolo de tolerancia, apóstol del diálogo, portaestandarte del entendimiento entre sus compatriotas, por disímiles que fueran sus creencias, sus preocupaciones e intereses.

Aldo Moro fue un hombre de paz, pero el desenlace trágico de su existencia no constituye un hecho excepcional. Cristo, expresión del Amor, murió sacrificado sin piedad. Apóstol de la no violencia fue el insigne adelantado de la nueva India Mahatma Ghandi, y su muerte fue dentellada de ferocidad insana sobre la esbeltez de su figura sin carne y sin pecado. Propagandista de la no violencia fue Martin Luther King y una bala homicida cegó su vida de conductor cívico, impulsada por la equivocada pretensión de interrumpir con ella la marcha de sus ideas. Así mismo, los asesinos de Moro no entendieron que por sobre el impacto de terror que provocaron, infiltrándose hasta las áreas que se consideraban reductos de la seguridad estatal, lo que provocarían sería una eclosión de sentimientos cuya resultante habría de ser, como lo ha sido, el aumento de las adhesiones hacia la filosofía política que Moro profesó y hacia la organización partidista a la que dio sin reservas lo mejor de su vida.

*La muerte trágica del ex-Primer Ministro y Presidente del Consejo Nacional del Partido de Gobierno de Italia, Aldo Moro, contribuyó a hacer de su figura un símbolo de la lucha por un destino mejor para su patria, inspirado en ideas de libertad, respeto de la persona humana y constructivo pluralismo. Un coloquio promovido por la Fundación Aldo Moro y por la Universidad de Bari, celebrado en el mes de junio de 1979, a un año de su desaparición, ofreció al autor la oportunidad de expresar sus conceptos acerca de este gran personaje, al cual tuvo ocasión de tratar. Las páginas que siguen constituyen la contribución leída, en forma de ponencia, en el Coloquio sobre la persona y la obra del gran político italiano.*



Figura extraña, sin duda, la de aquel antiguo profesor de Filosofía del Derecho y dirigente de Acción Católica, que por la premura de los tiempos y la urgencia del bien común penetró en los vericuetos de la política y, ganando la confianza de un número creciente de compatriotas y conmilitantes, ascendió a las más altas responsabilidades de la vida pública. En ella buscó infatigablemente soluciones capaces de lograr la convergencia de las aspiraciones de todos, por discrepantes que fueran, en un ancho cauce que representara la voluntad nacional y el interés colectivo, sobre la base insustituible de la libertad y de la dignidad de la persona humana.

“Vivimos realmente —dijo— en una época que podemos calificar, para ser justos y prudentes en la expresión, si no de contestación, al menos de conciencia crítica y de vigorosa e impaciente iniciativa personal. Y esto crea problemas, lo sabemos, porque se trata de asumir el dato vital de la presencia de la persona, sin desperdiciar sin embargo en una mera corrosión crítica la riqueza de los valores de la vida social.

“Hablamos, justamente preocupados, de la separación entre la sociedad civil y la sociedad política y encontramos una cierta crisis de los partidos, una menor autoridad de éstos, una actitud menos determinada para resolver; sobre bases de comprensión, de consenso y de fe, los problemas de la vida nacional”... “Quisiera decir sólo que hoy un gran debate con el País entero, del mayor partido italiano, es instrumento esencial del desarrollo político, un modo de dominar los acontecimientos, no constriñéndolos hasta donde se pueda, sino asumiéndolos como datos importantes, inscritos ordenadamente en una auténtica dinámica social”<sup>1</sup>.

“Se trata para la Democracia Cristiana —continuó— de elaborar, a la luz de su tradición y experiencia, pero sin estar condicionada por el pasado, su síntesis de justicia, de confrontarla y hacerla prevalecer en un debate político siempre más vivo y apremiante, y ampliamente condicionado por las múltiples e incoercibles formas en las cuales se manifiestan y se hacen valer, en la sociedad civil y en la sociedad política, las ideas, aspiraciones y tensiones. No podemos renunciar al debate político, aquel de las grandes ideas de síntesis, y no podemos ni debemos subestimar el debate social. Nuestro éxito de hoy, al cual está ligada la prospectiva del permanecer de nuestra función histórica, se halla ligado a la capacidad de salvaguardar en su integridad la problemática social de nuestro tiempo, pero también de reconducirla a un equilibrio vital, aceptable y original. Vital, porque la síntesis debe ser expresión de una variedad y riqueza no agotada de la vida social; aceptable, porque la solución a los pro-



blemas del País debe ser, en su necesaria realizabilidad, democrática, y por tanto, consensual; original, porque debe reflejar, en sus criterios y en sus finalidades, una intuición que tenga fuerza emotiva y una razón propia para prevalecer”<sup>2</sup>.

Recuerdo la primera vez que le vi. Fue en el Teatro San Carlo, de Nápoles, donde se han presentado tantas obras maestras del genio artístico del pueblo italiano. Eran días de enero de 1962, turbulentos en mi patria, que iniciaba de nuevo el camino de la democracia, en un ensayo pluralista y difícil que hoy subsiste y luce firme en medio del oleaje que ha conmocionado la vida institucional de países hermanos. En Italia celebraba su VIII Congreso Nacional la Democracia Cristiana. La “relación Moro”, leída durante más de seis horas, esperada con ansiosa curiosidad por la opinión pública, conmovía las estructuras de la vida política italiana, sacudía las diversas corrientes y reiniciaba un dificultoso experimento a cuyo servicio puso el Secretario Político su tenacidad y su inagotable capacidad de diálogo.

Se veía cansado. Y no ocultaba su cansancio, antes lo utilizaba, tal vez como un recurso retórico. Parecía triste, pero traslucía una profunda seguridad interior. Reconocía lo extraño de su aspecto, paradójico en un hombre que se lanzaba a una riesgosa aventura con desbordante fe y con energía de conductor. Por eso, en la réplica, decía: “He sido amigablemente acusado de pesimismo. Yo soy por naturaleza más bien pesimista, pero no creo haber transmitido mi personal pesimismo a través de mi informe. Creo haber sido fríamente objetivo en la revelación de los datos de la realidad y creo haber sido, por otra parte, humano y optimista, cuando he tratado de mirar más lejos. Ciertamente no he sido pesimista en relación a la Democracia Cristiana ni he excluido que la Democracia Cristiana pueda presentarse con rapidez y confianza frente al cuerpo electoral; no excluyo tampoco que la Democracia Cristiana pueda tener mayores esperanzas de encontrar mayores consentimientos. No es que haya perdido la confianza en la Democracia Cristiana: en ese mismo momento dejaría de ser, de derecho, el Secretario de la Democracia Cristiana. Creo en mi partido, creo en sus hombres, creo en sus ideales, creo en su historia, creo en su intacta función en la vida nacional, creo que esta experiencia tiene un significado: que se puede actuar, no en el ámbito de la debilidad, de la mortificación y de la impotencia, sino en el signo de la fuerza, de la iniciativa y de la confianza en la Democracia Cristiana. Precisamente porque creemos en una Democracia fuerte, compacta, segura, no susceptible de contaminaciones, capaz de guiar a la opinión pública y de garantizar al pueblo italiano; precisamente por ello, nosotros proponemos esta



vía para la Democracia Cristiana. Es un acto de coraje y de confianza”<sup>3</sup>.

Y así lo vimos siempre. Ocupó las más variadas posiciones, desde la Presidencia del Consejo de Ministros de la República Italiana, o los Ministerios de Justicia, de Educación y de Relaciones Exteriores, hasta la Secretaría Política de la Democracia Cristiana y la Presidencia del Consejo Nacional del Partido. Parecía siempre dispuesto a razonar, a discutir y explicar sus posiciones; y lo hacía con aquella paciencia que traducía, debajo de la apariencia de fatiga, una recia voluntad para llevar a cabo sus propósitos.

La última vez que hablé con él era Presidente del Gobierno. Fue en diciembre de 1975. El no había tenido tiempo de asistir a ninguno de los actos del Congreso Mundial de la Democracia Cristiana. Tiempo precioso se le iba en las interminables sesiones del Gabinete. Me recibió una tarde en el Palacio Chigi, y tuvimos una charla como de hora y media. Se sintió obligado a explicarme la compleja situación italiana, los problemas y dificultades del diálogo, el arduo esfuerzo para resolver problemas políticos, económicos y laborales, los tropiezos para diafanizar las conversaciones y para obtener resultados concretos, compromisos serios, caminos más expeditos para el futuro de este gran país. Se veía prematuramente envejecido. Su voz conservaba aquel mismo acento de tristeza, por debajo del cual se observaba sin dificultad el pertinaz propósito de buscar para Italia un sistema de armonía pluralista que pusiera claramente a salvo los valores fundamentales de la civilización cristiana y estimulara una renovación constante de las instituciones hacia horizontes de justicia sobre los cuales brillara sin interrupción el sol fecundo de la libertad.

En ese mismo empeño lo sorprendió la alevosa acción de su secuestro y de su asesinato: Italia, estupefacta, lo reconoció como mártir y lo elevó al elenco de sus próceres.

Italia es un país incomparable. Incomparable en sentido literal: no admite comparación alguna. La belleza de su territorio es excepcional. Ocurren hechos que difícilmente pueden tener lugar en otras partes y, en el fondo, como el pueblo de Nápoles cada año el día de San Genaro, su gente, aun la más descreída, está siempre esperando un milagro.

Los contrastes se dan en Italia como cosa normal. Por algo, si fue la cuna de Nerón, también lo fue de Francisco de Asís. Florencia, tesoro del arte, produjo también a un César Borgia y a un Savonarola. Legiones de mártires cristianos fueron hijos de este suelo, que después los vio elevarse a los altares. Esos con-



trastes pueden multiplicarse *ad infinitum*. Hoy mismo, después de haber atravesado épocas que permitieron observar un nuevo contraste entre conductores políticos tan opuestos como Benito Mussolini y Alcide de Gasperi, es el país del mundo donde hay más libertad y, sin embargo, es al mismo tiempo aquel donde se ha desencadenado con mayor fiereza la violencia política, ejecutada con refinamiento y eficacia, por quienes, si es que no están satisfechos de las instituciones, al menos no deberían de sentirse tan envenenados contra un sistema que a todos les permite vivir, organizarse y hablar, sin ningún tipo de freno o restricción.

Gobernar a Italia es tarea especialmente delicada y compleja. Salvo en los años de la reconstrucción, cuando se impuso sobre el país político y sobre el país nacional la autoridad de De Gasperi, se ha requerido esfuerzo pertinaz e inagotable paciencia para lograr laboriosos acuerdos de formación de cada gobierno. Vencida cada crisis, automáticamente comienza el proceso que conducirá a sustituir el gobierno ya formado por otro; y cuando la tarea se va haciendo más dificultosa, se apela a la convocatoria de elecciones, cuyos resultados son más o menos semejantes, aunque las leves diferencias van señalando el propósito e intención de los votantes. Y en cuanto a la elección de Presidente de la República, que es de segundo grado, con frecuencia su duración sobrepasa a la de los conclave vaticanos.

Dos instituciones jurídico-políticas, cada una de las cuales merece todo acatamiento y elogio, parecen funcionar difícilmente juntas: la representación proporcional y el régimen parlamentario. Este, en su país de origen, la Gran Bretaña, funciona a base de mayorías y minorías que desempeñan con relativa estabilidad sus respectivos papeles de gobierno y oposición. La proporcional, en países como los de América Latina —donde y mientras la democracia esté en vigencia—, se compensa con la elección directa del Jefe de Estado, quien es a la vez Jefe del Gobierno y designa sus Ministros sin necesidad de aprobación parlamentaria. En Italia, la representación proporcional hace tan difícil que un partido obtenga mayoría en el Parlamento, que el gobierno se mantiene a través de coaliciones multicolores que reclaman concesiones recíprocas, o de pausas monocolors de carácter minoritario: unas y otras obligan a descartar planteamientos programáticos propios, aun del partido más importante, y estimulan más la prudencia que la audacia. Da la impresión de que el juego se tranca, y causa más bien admiración el que los gobiernos hayan podido hacer lo que han hecho, porque no han tenido libertad para ejecutar sus programas. Podría decirse que la Democracia Cristiana, aunque ha encabezado todos los gobiernos italianos durante más de treinta años, sólo en raras ocasiones ha tenido verdaderamente oportunidad de gobernar.



En este país de infinitos contrastes, muy típica viene a resultar la figura del *onorevole* Aldo Moro: porque Moro fue, en sí mismo, una contradicción viviente: luchó y perseveró para conquistar la influencia decisiva de que gozó en el seno de su partido, pero lo hizo siempre transmitiendo la sensación de que no ambicionaba el poder, sino de que iba a él solamente por su vocación de servicio. Y el desenlace de su ciclo vital lo marcó la saña de unos feroces e ignorados enemigos, para los cuales, en el fondo, como para los otros italianos de las más diversas ideologías, estaba trabajando por afianzar un hogar nacional donde todos pudieran encontrar las mejores posibilidades de vida, que el progreso y la técnica, guiados por el derecho y la justicia, se hallan en capacidad de garantizar.

Está vivo en América Latina el sentimiento de pesar por la violenta desaparición de ese gran político italiano. Y lo cierto es que, pese a todas las explicaciones, no llegamos a entender el hecho, que a nuestra vista fue una acción bárbara e irracional.

Dentro de las contradicciones que marcaron su vida, una, muy importante, es la que existió entre su permanente esfuerzo para lograr una posibilidad de convergencia entre las dos fuerzas ideológicamente contrapuestas que han dominado el escenario de la política italiana en las últimas décadas, y el odio que su conducta despertaba en los sectores de población que dentro del espectro político ocupaban posiciones extremas, a un lado u otro del centro. A la Democracia Cristiana la han acompañado durante más de treinta años electores continuamente renovados, que han demostrado su adhesión a la fórmula establecida en los mismos comienzos de la nueva realidad política surgida después de la guerra mundial, pero no ha podido lograr la necesaria estabilidad que Moro buscaba y han buscado otros líderes prominentes. No merecía Aldo Moro el martirio, y menos en la forma inhumana con que se le impuso. Hay una contradicción evidente entre su muerte trágica y su vida de continuado esfuerzo por lograr soluciones constructivas y armónicas. Pues bien, una nueva muestra del extraordinario acontecer que la historia registra en la Península Italiana, es la de que aquella catástrofe, espantosa por todos respectos, en vez de quebrantar la espina dorsal del Estado vino a convertirse en factor de unidad y de lucha, de optimista y valiente determinación para quienes trabajan y luchan como él lo hizo, y a insuflar a la Democracia Cristiana nuevas posibilidades de vida y de triunfo, dentro del sistema democrático creado inmediatamente después de la postguerra. Milagrosa parece la duración de gobiernos cuya base de sustentación se ha establecido sobre una contradicción dialéctica que en el plano metafísico es imposible superar; milagrosa ha sido la constancia del pueblo italiano para mantener el poder



en las manos que lo recibieron de él, a pesar de un ya largo y agotante ejercicio del gobierno.

Tratando de seguir la parábola vital de Aldo Moro se tiene la sensación de encontrar un tejido delicado y complejo pero con un hilo que imprimió unidad a sus acciones y marcó un objetivo a sus constantes luchas. Porque fue, sin duda, un gladiador, dentro y fuera de la organización política a la que consagró su vida. Vivió con ella las mutaciones que experimentó la sociedad italiana de su tiempo y mantuvo con ella firmemente la defensa de su propia esencia.

He leído, con especial cuidado, el que posiblemente fue su último discurso, pronunciado el 28 de febrero de 1978, dirigido al grupo parlamentario demócrata cristiano. Este discurso, que tiene desde el punto de vista político valor de testamento, ofrece elementos de gran importancia para apreciar el comportamiento de Moro, su experiencia política y humana. “Yo me guardo bien de equiparar la actual coyuntura a aquellas otras —dice—, pero quiero decir que en lo humano, en lo social, en lo económico y en lo político hemos sabido cambiar cuando era necesario y posible, en adherencia a nuestra conciencia demócrata cristiana. Si no hubiésemos sabido cambiar nuestra posición, cuando había llegado el momento de hacerlo, no habríamos tenido —a pesar de todo— por más de treinta años la gestión de la vida del país. La hemos tenido porque hemos sido capaces de flexibilidad y al mismo tiempo de una absoluta coherencia con nosotros mismos, así que en ningún momento hemos perdido la vinculación con las raíces profundas de nuestro ser en la sociedad italiana”<sup>4</sup>. Pienso que en esta definición no aparece solamente el político: aparece el profesor de Filosofía del Derecho, convencido de los principios fundamentales que orientan la vida jurídica e inspiran la justicia, pero al mismo tiempo de la cambiante realidad social a la cual tienen que aplicarse las consecuencias de aquellos principios inmutables. “Estamos de frente a una situación difícil, a una situación nueva, inusitada, frente a la cual los instrumentos utilizados en el pasado para resolver la crisis ya no sirven. Es necesario utilizar otra cosa distinta, observar la realidad con gran diligencia, con gran coraje, con gran sentido de responsabilidad, pero también con gran fe en la Democracia Cristiana”<sup>5</sup>.

Lo mismo había dicho casi veinte años atrás. “El nuestro es un gran partido innovador que no quiere dejar las cosas como están, sino hacerlas diferentes y más justas”<sup>6</sup>. “Este es el significado de nuestra acción, de nuestra presencia en la lucha política en Italia, una presencia que compromete en el terreno democrático las masas católicas y hace del ideal cristiano, no una



rémora, no una contradicción, sino un fermento y una garantía de desarrollo democrático de nuestro País. Quien no tenga presente esta inflexible fidelidad, también a los ideales democráticos, desconoce la verdadera naturaleza de la Democracia Cristiana y falsea los términos de la lucha política en Italia, alimenta esperanzas y temores infundados”<sup>7</sup>.

He aquí, a mi modo de ver, la mejor clave para interpretar su figura en la circunstancia en que se encontró. Y como era formidable en la dialéctica, una vez puestos los conceptos llegaba con verdadera audacia al planteamiento de las conclusiones derivadas de ellos, sin vacilar ante la profundidad o proyección que tuvieran. “Si se tratase de esto —dice—, de haber también en la última elección para mantener la fe en nuestros ideales demócratas cristianos y la puesta en juego lo requiriese, lo debemos hacer. Si al contrario, hay en la paciencia, en la búsqueda, en el ritmo de nuestra conducción de la crisis, una vía que se abra delante de nosotros y que nos permita permanecer sustancialmente en nuestra línea, aún sobre un terreno nuevo y más expuesto, entonces yo seré ciertamente más cauto”<sup>8</sup>.

En esta actuación, no anduvo nunca solo. Se sintió siempre acompañado del Partido o por lo menos, en el peor de los casos, acompañante del Partido, dispuesto a ir con él hasta donde fuera preciso. Se asegura que en la oportunidad en que fue electo para la Jefatura del Estado el Presidente Leone, se le había ofrecido esa candidatura con grandes probabilidades de éxito, por otras fuerzas políticas distintas a las suyas. Su actitud ante la tentación fue insobornable. Sería Presidente de la República Italiana cuando fuera presentada su candidatura por la Democracia Cristiana, no antes. La violencia salvaje le cortó ese camino cuando estaba a punto de alcanzar la meta.

Pero su solidaridad no fue sólo sentimental: fue reflexiva, racional y consciente. En el mismo discurso pronunciado dos semanas antes de su secuestro logró uno de sus apóstrofes más afortunados: “Se trata de tener valor y fe, se trata de vivir el tiempo que nos ha sido dado, con todas sus dificultades. Lo que es importante es afinar el ánimo, delinear mejor la fisonomía, enriquecer el patrimonio ideal de la Democracia Cristiana. Lo que es importante, en ese paso, si ustedes quieren, si ello fuere objetivamente posible, moderado y significativo, es preservar a toda costa la unidad de la Democracia Cristiana. Por eso estimo a todos y digo a todos: ¡somos vecinos! No me agrada oír: yo voto en contra. Porque esto me parece una falta de fe, perjudicial a la Democracia Cristiana. Es verdad aquello que he dicho, que si debiésemos equivocarnos, es mejor equivocarnos juntos. Si de-



biésemos tener éxito, ¡ah! ciertamente, sería extremadamente bello triunfar juntos. Pero ¡estar siempre juntos!” 9.

Esa preocupación unitaria fue constante. “La unidad de la Democracia Cristiana —afirmaba— es instrumento esencial de acción política; es la necesaria solidaridad que emerge del gran debate y de la compleja realidad del Partido, que responde en todo a la vastedad del electorado que representa. Cuanto más vasto es el Partido, cuanto más vasto es el electorado que él debe guiar con mano firme, según una línea recta que no trasluzca embrazos ni vacilaciones, tanto más necesaria es una clara voluntad unitaria, tanto más se impone un vértice expresivo y muy firme en su eficacia cohesiva. Unidad, pues, y en la unidad la disciplina, que es el sacrificio compatible y dispuesto de la propia convicción y de la propia iniciativa con la razón común, con el compromiso colectivo, ante la necesaria función representativa del Partido” 10.

“Es, pues, un deber de unidad, una unidad, como he dicho repetidamente, que presupone el debate, que acepta la variedad de las ideas, que no deja perder nada de cuanto sirve para alimentar la dialéctica de las opiniones y se da como contribución a la búsqueda de la vía mejor para el Partido. Esta unidad comporta el que la Democracia Cristiana no desprecie a ninguno de los hombres, a ninguna de las ideas que de algún modo vienen a componerla, que no desperdicie nada de su tradición y de su historia. Queremos por tanto recordar en este momento, con profundo reconocimiento, con absoluto respeto por lo que fue el significado propio de la acción de cada uno, a todos aquellos que guiaron el Partido, de De Gasperi a Piccioni, a Cappelletti, a Taviani, a Gonella, a Fanfani; todos aquellos que guiaron los gobiernos de la Democracia Cristiana, desde De Gasperi a Pella, a Scelba, a Segni, a Zoli, a Fanfani. Ninguna de estas experiencias ha sido vana, todas han enriquecido de algún modo la acción política, ampliado el tejido, ya histórico, de la iniciativa de la Democracia Cristiana” 11.

“Hay quien ha hablado en estos días con el temor de la hegemonía comunista y se ha preguntado: ¿qué cosa tienen ustedes, Demócratas Cristianos, para contraponer democráticamente a esta fuerza envolvente que es ciertamente el Partido Comunista? Digo que nosotros tenemos nuestra idealidad y nuestra unidad. ¡No la desperdiciemos!” 12

El problema de la Democracia Cristiana en todas partes es complejo. Tiene que combatir en dos frentes. Tiene que ser siempre una misma y variar. Se trata de mantener la identidad en medio de la flexibilidad impuesta por los cambios sociales. Pero se trata, sobre todo, de una afirmación de fe y coraje, de una confianza



en la posición adoptada, en las ideas motoras que han dado nacimiento y mantienen vigorosa la Democracia Cristiana, tanto en Europa como en Latinoamérica. Cuando visité en 1950 al gran Alcide De Gasperi y me hizo el regalo de una larga conversación, me sorprendió, al mismo tiempo que la claridad de su juicio sobre la problemática que enfrentaba, el temple de su voluntad, que se exteriorizaba en el gesto y en la fuerza del razonamiento, pero que se demostró sobre todo una y muchas veces ante los acontecimientos que le tocó superar.

Fe y coraje han requerido siempre los grandes conductores y en general los líderes reconocidos de la Democracia Cristiana. Cuando recibió a los delegados al Congreso Mundial Demócrata Cristiano en Roma, en 1975, el Papa Pablo VI, después de leído en francés el discurso convencional de bienvenida preparado para la circunstancia, agregó una inolvidable improvisación en italiano, en la que comenzó por afirmarnos: "*avete fatto la buona scelta*". Era, sin duda, para alimentar nuestra fe, y nos daba el consejo de mantener la unión y nos aseguraba que la Iglesia, sin mezclarse en cuestiones políticas, seguía con paternal solicitud nuestra marcha. Ese mismo año y mes tuve aquella conversación a que me referí atrás, con Aldo Moro, entonces en el mismo cargo que tenía veinticinco años atrás el fundador De Gasperi, y no pude dejar de relacionar en mi fuero íntimo una y otra entrevista. De Gasperi, sin duda, aun en medio del torbellino del momento, abrumado por la problemática interna, absorbido por una política exterior europea que estaba surgiendo, comprometido por la ocasión, ya que se reunía en Roma el Consejo de Ministros de Europa y era la víspera del gran acontecimiento religioso de la proclamación del Dogma de la Asunción, no lucía cansado, sino impetuoso, como el gladiador en plena lucha. Moro, por lo contrario, que aparentaba más años de los que en realidad tenía, conservaba su aspecto de hombre cansado y doliente, aunque sus ojos se iluminaban cuando se iba prolongando el discurso, y su lógica parecía irrefutable, sobre todo por el refuerzo que le ofrecían los argumentos derivados de una gran experiencia. A De Gasperi le hice presente que los movimientos demócratas cristianos de América Latina experimentarían inevitablemente el reflejo de su fracaso o de su éxito, y esto lo hizo sentirse obligado a exponerme, con el rigor teutónico de su razonamiento, la situación italiana. A Moro no tuve que formularle una advertencia similar: él sabía que, en cierto modo, lo que tenía entre manos no afectaría solamente a su patria, sino que repercutiría más allá de fronteras, más allá del océano. ¡Cómo me explicaba, con el corazón en la mano, las dificultades del diálogo, el esfuerzo requerido para lograr en cada caso el consenso y para obtener después que se cumpliera y tuviera vigencia! Pero, en conclusión, su fe lo man-



tenía en plena actividad, optimista en el fondo, por sobre su aparente pesimismo.

Moro conocía perfectamente el medio complejo en que le había correspondido actuar y valoraba cabalmente la amenaza de la violencia en progresión constante. En un artículo del 17 de febrero de 1976, decía: "La condición de hoy aparece de hecho contramarcada por un debilitamiento del Estado como árbitro de las controversias y tutor de los intereses colectivos, entre los cuales, en primera línea, está la seguridad de los ciudadanos. Crecen las injustas agresiones, pero no se desarrolla con el mismo ritmo una organización protectora, eficaz, del Estado.

"Más allá de la estrecha emergencia, a mediano y largo plazo se colocan los remedios más seguros y, entre ellos, los vinculados a una renovación de los hombres y a una vivificación de los valores. A los valores precisamente, y sobre todo a aquellos de la persona y de la vida, se hace referencia frecuente en las jornadas encendidas que sin embargo continúan con un ritmo alarmante. Cuando la persona y la vida son sacrificadas en daño de quien sea y, naturalmente, sobre todo de aquellos que están de parte de la justicia, los ciudadanos, a pesar de la variedad de las inspiraciones y de los ideales, se encuentran concordes en exaltar estos valores y en deprecar que ellos se comprometan de manera tan frecuente y grave. Y éste es un signo confortante de un común reconocimiento y de un reencontrarnos con nosotros mismos.

"Es indispensable, sin embargo, no detenerse en la emoción de un momento, sino meditar a fondo sobre las leyes de la vida y sobre todo lo que las contradice. Sobre este punto puede haber convergencia, aun partiendo de puntos de vista diversos. La democracia, de hecho, es aceptada y constituye el tejido conectivo del país, como expresión propia de la persona, de la participación y de la solidaridad" <sup>13</sup>.

Estas palabras tienen un acento profético. El mismo sería víctima de la situación que analizaba, pero sus victimarios no obtuvieron el fruto que esperaban: al contrario, la sangre generosa del gran estadista italiano ha abonado la vivificación de los valores fundamentales que alientan la vida de su patria y ha provocado un movimiento solidario y similar en países tan ligados a Italia como los de la Comunidad Europea y los de América Latina.

¿Puede, quizás, pensarse que la tragedia final de Aldo Moro constituyó un fracaso para su enseñanza, para su actitud y para su lucha? Nuestro pensamiento vuelve otra vez a Ghandi, el gran conductor de la India. Leemos, en la introducción de un Symposium sobre la Verdad y la No-Violencia en el Humanismo de Ghandi, celebrado bajo el patrocinio de la UNESCO en París en



octubre de 1969, estas palabras de T. K. Mahadevan: “¿Fracasó Ghandi o mejor, fue un fracaso Ghandi? Difícilmente puedo imaginar circunstancias en el pasado en las cuales una pregunta de esta clase hubiera sido formulada y respondida con el desapasionamiento con que el Symposium la consideró. Fue, característicamente, un indio quien primero la planteó. ‘Yo creo que Ghandi no fue un romántico’, dijo Mr. Romesh Thapar. ‘El fue un líder político competente y astuto. Lanzó una tesis de rebelión que captó el viejo sueño de la mente india. Pero murió convencido de que había fracasado, y fracasado amargamente, porque la verdadera arma que había forjado para la unidad de la India había fallado en preservar esta unidad’. Mr. René Maheu tomó la cuestión y la examinó con gran perspicacia. ‘¿Es verdad —preguntó— que todos los grandes hombres murieron con el sentimiento de que habían fallado? ¿No es el fracaso, de hecho, una especie de marca de la autenticidad de la grandeza? ¿Hay algún hombre grande que habiendo emprendido una tarea muy grande haya muerto satisfecho de que la había cumplido?’ ‘¿Qué entendemos nosotros por fracaso?’, preguntó Mr. G. Ramachandran. Mr. Maheu dijo que todos los grandes hombres fracasan. Yo quiero agregar el corolario de que ningún gran hombre ha fracasado. Pueden perder una batalla, pero no perder la guerra. Ghandi ocasionalmente perdió una batalla, como todo general en la historia. Algunas batallas siempre se pierden, pero no por ello se pierde la guerra. La guerra de Ghandi no se perdió y no puede considerarse perdida”<sup>14</sup>.

No creo que pueda haber ninguna duda en afirmar: Moro no fracasó. Pudo haber perdido batallas, especialmente la última, pero su guerra, la guerra por la afirmación de la Democracia Cristiana, la guerra por una Italia renovada en la concurrencia pluralista, sobre la base de la libertad y de la dignidad humana, ésa no la perdió. Como de Ghandi, podría decirse de él también que “quizás su mayor proeza, que es hoy urgencia y relevancia, fue su capacidad para ganar el respeto y aun el afecto de sus adversarios, establecer un diálogo con aquellos que le fueron opuestos y con los cuales luchó, de modo que la razón y la buena voluntad pudieran emerger del fondo de la batalla y enriquecer la conciencia moral de ambos adversarios. En este camino, el odio pudo ser convertido en amor y la enemistad en amistad”<sup>15</sup>.

Ya voy a terminar. Mis palabras no han querido ser otra cosa que la visión de un latinoamericano, que tuvo el privilegio de conocerlo y de tratarlo, sobre la experiencia humana y política de Moro. Pese a la distancia, su comportamiento rebasa las demarcaciones geográficas y la dolorosa emoción de su holocausto perdura en la conciencia de nuestros pueblos y de sus dirigentes.



No pretendo afirmar que si nos tocara analizar cada uno de sus hechos, en medio del combate, tendríamos forzosamente que solidarizarnos con todos y cada uno de ellos. Es su figura, su esfuerzo, su devoción de servicio, la proyección de sus convicciones filosóficas, convertidas en acciones que buscaban el bien de su país, lo que constituye un pedestal inmenso que eleva su figura. Espiando entre sus expresiones, hay una que bien podría servirle de epitafio: "Creo que cuando se dice la verdad no hay que dolerse de haberla dicho: la verdad es siempre iluminante, nos ayuda a tener coraje" <sup>16</sup>.

*¿Qué es la verdad?*, preguntó el Prefecto Romano en el Pretorio al Hijo de Dios cuando comenzaba su pasión. La Filosofía clásica responde: la verdad es lo que es. Expresar la verdad es manifestar la convicción que se tiene por dentro sobre la naturaleza de las cosas, sobre la realidad de un hecho o sobre un imperativo de conducta. Decir la verdad es mantenerse en paz con la propia conciencia. Por ello, considero ese mensaje como uno de los más hermosos que nos dejó Aldo Moro y que deberíamos siempre repetirlo, sobre todo a los jóvenes: "Cuando se dice la verdad no hay que dolerse de haberla dicho: la verdad es siempre iluminante, nos ayuda a tener coraje".

¡Admiremos el ejemplo de una vida consagrada enteramente al trabajo y la lucha por la verdad y por la libertad!

---

#### NOTAS

---

1. Fondazione Aldo Moro, *Prima Raccolta di Materiale Biografico su Aldo Moro*, p. 129. Discurso en el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana, 18 de enero de 1969.
2. *Ibid.*, p. 131.
3. *La Democracia Cristiana por el Gobierno del País y el Desarrollo Democrático de la Sociedad Italiana*. Versión castellana, prólogo de Rafael Caldera, 1962, p. 183.
4. Fundación Aldo Moro, *Prima Raccolta di materiale biografico su Aldo Moro*, p. 203.
5. *Ibid.*, p. 208.
6. "Relazione al VII Congresso DC", Firenze, 1959. En *Raccolta*, cit., Fondazione Moro, p. 44.
7. *Ibid.*, p. 4.
8. *Ibid.*, p. 215.
9. Discurso de febrero de 1978, *Raccolta*, cit., p. 218.
10. *Ibid.*, p. 7.
11. *Ibid.*, p. 47.
12. Discurso de febrero de 1978, *Raccolta*, p. 218.
13. *Raccolta*, cit., pp. 183, 184.
14. Edición de la Ghandi Peace Foundation, Nueva Delhi, pp. 8, 11.
15. Prem Kirpal, en el citado Symposium, p. 27.
16. *Raccolta*, cit., p. 210.



